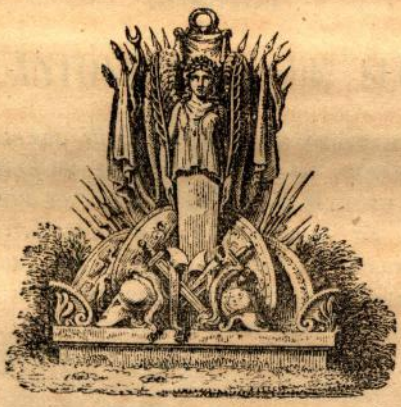
(BW16)

PARA LA HISTORIA

DE LA

AMÉRICA DEL SUR.



PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

PARA LA HISTÓRIA

DE LA

AMÉRICA DEL SUR.

LOS BENEMÉRITOS VENCEDORES EN JUNIN Y AYACUCHO Y SUS CONTEMPORÁNEOS, PUESTOS EN PIÉ ANTE LA HISTÓRIA IMPARCIAL, DEFIENDEN LA MEMORIA Y REPUTACION DE SU GRAN CAPITAN, JENERAL EN JEFE DEL EJERCITO UNIDO LIBERTADOR

D. ANTONIO JOSÈ DE SUCRE,

CONFIRMANDO QUE ES DIGNO DE PERSONIFICAR LAS GLORIAS DE SUS COMPAÑEROS DE ARMAS LLEVANDO EL TÍTULO DE GRAN MARISCAL DE AYACUCHO, POR RECOMPENSA DE SUS EMINENTES SERVICIOS EN LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA DE LA AMÉRICA DEL SUR.

LIMA: 1850.

IMPRESO POR JOSÈ MARÍA MONTEROLA.

SEÑORES EDITORES DEL "COMERCIO."

Lima, á 30 *de Junio de* 1850.

MUY SEÑORES MIOS.

Al leer la "Ojeada al Comercio,» inserta en el número 3,268, el primer sentimiento que asaltó mi imajinacion, fué la pena en que precisamente colocára á UU. la alternativa de verse obligados á prestar los tipos de su imprenta, para menguar la nombradía del Gran Mariscal de Ayacucho, indisputablemente inmortal y egregio en el orbe, considéresele como Capitan, sea como hombre de Estado, ó bien en sociedad, por su esmerada educacion y la cultura de sus modales. Asi como el principe Eujenio Beauharnais fué el modelo mas caballeroso entre los tenientes de Napoleon, tambien el Jeneral Sucre descollaba como el lujo y gala del Ejercito Colombiano, el que entre los de nuestra América, saben UU. que no se quedara atrás de ningun otro del continente, ni por el brillo de sus hazañas, ni en razon del luminoso caudillo que lo guiára, Simon Bolivar, Libertador de Colombia y del Perú, fundador de Bolivia.

Extranjeros UU. en éste pais, lo mismo que yo, concibo muy bien, que son UU. demasiado despreocupados para juzgar que el verdadero mérito de los distinguidos Jenerales Lamar y Gamarra, pueda acrecerse con la depresion de la fama del Jeneral Sucre. A mi ver, se ha conseguido un efecto contrario; pues sin pretender en lo menor disputar las buenas dotes y servicios

al Perú de mi compatriota el *colombiano* Gran Mariscal D José Lamar, ni desfigurar la opinion que en los Fastos Peruanos pueda corresponder al Gran Mariscal D. Agustin Gamarra, se me ha puesto en la forzosa necesidad de acopiar los documentos irrecusables que publíco; no tanto por revindicar la reputacion del Jeneral Sucre, ya juzgado por la América y la Europa, cuanto por defender el decoro de los vivos; pues sin temor de equivocarme, haciendo justicia á los sentimientos de este pais, me atrevo á aseverar que en el Perú, no se encuentra un solo individuo de educacion y patriotismo, que bajo su firma, quiera cargar con la ignominia de calumniar en la tumba al ínclito Cumanés. Ha hecho bien el apasionado Revistador, de cubrirse con el velo del anonimo, para no sufrir las rechiflas del desprecio que merece por sus bastardos ataques, cebandose cual voraz buitre sobre los despojos de la muerte. Los Revistadores Europeos comunmente hacen alarde de defender sus producciones con la autoridad de sus firmas, porque presuponen, y con razon, que si se desvian de las leyes del buen criterio y de la imparcialidad histórica, están obligados á sostener su juicio ante la opinion pública, que, nunca deja pasar desapercibidas las calumnias, ni aun los tildes producidos por la lijereza ó la temeridad.

Oigamos ya, á los camaradas y contemporáneos vivos del Jeneral Sucre.

"El Jeneral Sucre que ha tenido tan glo-
«riosa parte en la terminacion de la guerra de la
«Independencia nació en 1793, en Cumaná provin-
«cia de Venezuela. Su estatura es menos que re-
«gular; su semblante es vivo y animado, aunque
«no hermoso, y sus maneras finas y agradables.
«Fué educado en Caracas; abrazó el servicio mi-

«litar en 1811 y sirvió con crédito á las ordenes «del célebre Jeneral Miranda. Despues se hizo «conocer muy particularmente por su actividad, in«telijencia y valor á las órdenes del bizarro Jene«ral Piar. Desde 1814 hasta 1817 sirvió en el «Estado Mayor del Ejército y desplegó el celo «y talento que le caracterizan. (Memorias del Je«neral Miller, paj. 59 tom. 2º.»

La batalla de Ayacucho fué la mas brillante que se dió en la América del Sur; las tropas de ambas partes se hallaban en un estado de disciplina que hubiese hecho honor á los mejores ejércitos europeos; los Jenerales y Jejes mas hábiles de cada partido se hallaban presentes; ambos ejercitos ansiaban el combate, y todo el mundo de uno y otro partido se batió no solo bizarramente, sino á la desesperada. Lo que en número faltaba á los patriotas lo suplia su entusiasmo de que si eran batidos, era imposible retirarse. Asi pues, no fué una victoria debida al azar, sino el resultado del arrojo y un ataque irresistible concebido y ejecutado al propio tiempo.

El Jeneral Sucre se espuso personalmente durante la accion, en donde su presencia podia ser de útilidad con la mayor sangre fria, y su ejemplo produjo completo efecto. El Jeneral Lamar desplegó las mismas cualidades y con enérjica elocuencia reunió algunos cuerpos que habian huido y los condujo nuevamente al enemigo.

El heroismo del Jeneral Cordova (colombiano) mereció la admiracion jeneral, y todos vieron con satisfaccion su ascenso á Jeneral de Didision en el campo mismo de batalla á la edad de 25 años. El Jeneral Lara (colombiano) se distinguió por su celo é intelijencia y el Jeneral Gamarra desplegó el tino que le caracteriza. El

Coronel O'Connor (irlandés al servicio de Colombia), segundo Jefe de Estado Mayor, los Jefes de los cuerpos y ciertamente los oficiales y tropa, sin tal vez una excepcion, se condujeron con un valor y un celo, como si el exito de la batalla pendiera de sus esfuerzos individuales.

El Jeneral Sucre mereció y ha recibido los mayores elojios por la gloriosa y decisiva batalla de Ayacucho; pero quizas no es menos acreedor á ellos por las jenerosas y políticas condiciones que concedió á los vencidos; y *aun merece mucho mayor aplauso por la rapidéz con que supo aprovecharse de la victoria, á pesar de los obstáculos al parecer invencibles que se ofrecian á la vista.* Tan discreta y decisiva conducta impidió que los realistas fujitivos se reuniesen é imposibilitó que fuesen á reforzar al ultrarealista jeneral Olañeta. Indudablemente la marcha y persecucion que hizo el Jeneral Sucre contra los realistas, fué maestra y decisiva y salvó con ella al Perú de los efectos futuros de una guerra desoladora, que indebidamente se prolongó despues de la batalla de Junin por haber dejado á Canterac que se reuniese en el Cuzco á Valdéz. (Memorias de Miller, tomo 2°., pájina 179 y 221.)

Hablando Baralt y Diaz en su história de Venezuela de la batalla de Ayacucho dicen: «Manifestó Sucre entonces que era digno de los favores de la fortuna, sellando su espléndido triunfo con la heroica jenerosidad de un valiente.» En circunstancias en que, segun la expresion de un escritor español, «podia considerarse como una gracia cuanto les fuera otorgado por su orgulloso enemigo.» Concedió á los restos del ejercito vencido una honrosísima capitulacion de que ofrece la his-

tória pocos ejemplos. (História de Venezuela por Baralt y Diaz, tomo 2°., pájina 121.

Sucre, el mas *virtuoso* de los tenientes de Bolivar, gobernó con ella (Constitucion Boliviana) algun tiempo, y al separarse del mando del pais de Bolivia para volver á su patria, dijo en su discurso y despedida al Congreso (año de 1828) «Del Perú se ha dicho que los Bolivianos están descontentos de la Constitucion; y esta voz repetida por los ajentes de allá entre nosotros y apoyada por un muy pequeño número de individuos, ha hecho que algunos tímidos se plieguen á las pretensiones de fuera para deshacerla. Yo no he observado tal descontento de la Nacion; pero si lo hay, toca á ella y no á los extranjeros el declararlo. De mi parte haré la confesion sincera, *de que no soy partidario de la Constitucion Boliviana*: ella dá sobre el papel estabilidad al Gobierno, mientras que de hecho, le quita los medios de hacerla respetar; y no teniendo vigor ni fuerza el Presidente para mantenerse, son nada sus derechos, y los trastornos serán frecuentes.» (Hist. de V. por B. y D., páj. 145, tomo 2°.

Bolivar despues de derrotar á Canterac en las pampas de Junin, regresó á Lima, dejando á Sucre para que persiguiera á los realistas en su retirada al Alto Perú; empresa que este Jeneral efectuó con tanta pericia como buen resultado, ganando una victoria decisiva en Ayacucho, con la que se completó la disolucion de las huestes Españolas.

El Congreso, que sancionó la adopcion del Código Boliviano, y elijió al Jeneral Sucre Presidente de la República, continuó sus sesiones para lejislar mas en detal. La República fué peculiarmente atinada en la primera eleccion de su

Presidente en la persona del vencedor de Ayacucho, *cuya moderacion, urbanidad, honradez, amor* á la justicia, y contraccion en el desempeño de los importantes deberes que se le confiaron, le hicieron popular, y en extremo amado por todas las personas capaces de ser influenciadas por sentimientos jenerosos. Tenia pocos enemigos personales, y aun entre estos, algunos lo fueron guiados por la impresion de la intimidad con Bolivar, y de que fuera favorecedor de sus principios políticos; porque todos miraban en Sucre el mas firme y enérjico apoyo del Libertador. Bajo la íntegra administracion de Sucre, se logró gran progreso en la organizacion de varios ramos de su Gobierno; los recursos del pais fueron puestos en accion, y adoptados medios efectivos para promover la educacion é intelijencia de la comunidad.

El Jeneral Sucre bajó de su alto puesto de una manera bien digna de su elevado caracter. Su mensaje al Congreso de Bolivia de 4 de Agosto de 1828, será un monumento eterno de sus merecimientos en la organizacion de esta República, y de su imparcialidad al indicar aquellos puntos del Código Boliviano que él juzgaba mas imperfectos &a. &a. (Enciclopedia Británica, tom. 4°., pájinas 742, 743, y 760.)

Conocí al Jeneral Sucre en Quito en 1829, habiendo ido á pagarle una malograda visita suya. Al verme, por la primera vez en la vida, acortó la distancia dirijiéndose hácia mí y ofreciendome los brazos. Pronto recayó nuestra conversacion sobre la oposicion armada que yo acababa de hacer al Jeneral Bolivar en defensa del órden constitucional de Colombia. "Malas son las revoluciones,» me dijo; "pero de hacerlas, es pre«ciso, Coronel, no terminarlas, sino con la glo-

«ria y lucimiento con que U. terminó la suya. Toleremos» añadió con un jesto suplicante, ''tolé-«remos al Libertador, como se toleran las imper-«tinencias de un padre chocho: poco tendrémos «que tolerarle, porque debe vivir poco.» Luego me introdujo en sus aposentos para presentarme á su señora, enferma entónces, y allí me dió en una conversacion muy variada entre los tres, uno de los ratos mas agradables de mi vida. No correspondió lo que yo hallé en el Jeneral Sucre á la idea que yo me habia formado de él, tomada tal vez de las impresiones que me habian causado la mayor parte de los hombres del ejército que en este rango me habia tocado tratar ó conocer. Creia encontrar en Sucre un hombre que revelara en su jesto el engreimiento de sus gloriosos triunfos, y una fastidiosa conciencia de superioridad; dogmatizando, en lugar de tomarse el trabajo de convencer; despreciando con mudo y desdeñoso desacato la razon ajena; y acordandose solo del mérito adquirido en el servicio, sin pensar en añadir otro nuevo con el ejercicio de la virtud, de la moderacion y la respetuosidad hacia sus inferiores mismos. Creí encontrar este conjunto, y hallé con agradable sorpresa, la modestia del filósofo que parece ignorar su fama, la dulzura de una dama en sus modales, y un olvido sincero de sí mismo que se deja conocer, con naturalidad. De las maneras de Bolivar á las suyas, habia la diferencia de medios, que se nota entre la conducta de un guerrero voluntarioso, que está acostumbrado â destruir para vencer, y la de un diestro y prudente estratéjico que no trata de rendir la plaza, síno previendo que le ha de servir de cuartel de invierno:

las palabras del uno y las del otro, hacian el contraste de un golpe de musica suave y melodioso, comparado con el bronco estruendo de un cañon.

No volví á verle hasta su paso por Popayan al Congreso de 1830, en cuya ocasion, difiriendo solamente á mi modo de pensar, en que debia sacrificarse la razon al interés de sobrellevar las chocheras de ambicion del Jeneral Bolivar, (único punto en que no podia haber conformidad en nuestras ideas) me manifestó opiniones que me llenaron de gusto y de esperanza. (El Jeneral José Maria Obando en el "Comercio» núm. 2485, Octubre de 1847.)

El Jeneral español Garcia Camba, tambien actor y testigo en la campaña y batalla de Ayacucho, entre otras cosas dice: "Las guerrillas inmediatas siguieron ese ejemplo (del coronel español Rubin de Celis) de extemporánea bizarria, y el enemigo hasta entonces admirablemente inmóvil, se vió obligado á emplear la division Córdova, que cargó en columnas con firmeza y resolucion á los atacantes, los cuales, aunque combatieron con extraordinaria bravura, abrumados por el número fueron completamente deshechos, quedando entre los muertos los dos jefes del batallon, cuyo resultado tan rápido como terrible é inesperado produjo grandísima sensacion en el ejército real. El Jeneral Sucre era *harto entendido* para no conocer la importancia de esta ventaja y para dejar de aprovechar la ocasion que le ofrecia la imperdonable temeridad de unos, y el feliz resultado de la envestida de la division Córdova: previno á esta la continuacion de su ataque sobre nuestra izquierda débil y conmovida y empleó parte de su caballeria en auxiliar á la division Córdova, cargando y arrollando nuestras guerrillas, que el valiente escuadron

de San Carlos sostuvo hasta quedar casi todo en el campo de batalla.

Entonces el Jeneral Canterac creyó conveniente mandar á la division Monet, que estaba intacta, que atravesára el barranco de su frente, y condujo personalmente á la izquierda de la línea los dos batallones de Gerona que formaban la reserva de mayor importancia, logrando de este modo restablecer un tanto el combate, aunque por poco tiempo. Mas al observar el Jeneral Sucre el precipitado avance de la division Monet, dispuso que el resto de la caballeria de Colombia y dos batallones de la division Lara, la cargasen á todo trance, antes de que acabára de pasar el barranco, y á tiempo que la division Cordóva llevaba por la izquierda lo mejor de la pelea.

Ansiosos el Jeneral Canterac y el Virey de paralizar el brusco ataque de los enemigos, los tres escuadrones (de la guardia) formados recibieron órden de cargar desde sus respectivos puestos, lo que animados por todos sus jefes ejecutaron con la mayor prontitud y órden, y los Lanceros de Colombia los esperaron á pié firme enristradas sus enormes lanzas. Esta novedad por segunda vez presentada, y sin que hubiese mediado tiempo y lugar bastante para meditarla y contrariarla, detuvo á nuestros soldados delante de sus engreidos adversarios, y en medio del fuego de sus infantes y de nuestros dispersos: allí comenzó sin embargo un combate encarnizado, aunque desigual, que acabó por dejar en el campo la mayor parte de los jinetes españoles, imposibilitando del todo la continuacion del descenso de esta caballeria.

El escaso batallon de Fernando VII que habia quedado parapetado en la falda de la Cordi-

llera sobre el campo de Ayacucho, rompió el fuego desde su posicion, signo del mas cruel y triste agüero para el Jeneral Valdéz, que por lo inclinado del punto de su ataque, no podia ver bien lo que pasaba en el resto de la línea, á tiempo precisamente que adelantaba con conocida ventaja sobre las tropas de Lamar. Pero cargada su division con nuevas fuerzas ya victoriosas (Vencedor, Vargas y Húsares de la division Lara), no obstante su acreditada serenidad y la valentía con que, à pesar del mal terreno se condujeron á su voz, los Húsares de Fernando VII, todo cedió al destino adverso, y como á la una de la tarde el resto del ejército real que no habia sido muerto, herido ó prisionero, huia en todas direcciones.

La confusion y la incertidumbre se retrataban en el semblante de todos, y ninguno acertaba á proponer el arbitrio que convendria adoptar en tamañas circunstancias, cuando al ponerse el sol de tan funesto dia, se anunció por retaguardia un oficial parlamentario, á quien seguia el Jeneral Lamar, que pretendia hablar al Jeneral Canterac, como lo verificó, asegurando que el Jeneral Sucre estaba dispuesto á conceder á los vencidos una capitulacion tan ámplia como sus altas facultades permitiesen, á fin de que cesáran del todo las desgracias en el Perú.

Los Jenerales Canterac y Carratalá despues de conferenciar con el Jeneral Sucre extendiéron las bases preliminares de una transaccion, y las remitieron seguidamente á sus compañeros campados en el alto de la Cordillera. Acordaron ademas, que al otro dia, 10 de Diciembre temprano pasasen al campo de Sucre situado en el pueblo de Quinua D. Jerónimo Valdéz y D. Andres Garcia Camba, como se verificó &a. Sucre ostentó ante

los nuevos comisionados mucha franqueza y jenerosidad: aceptó lisa y llanamente las bases preliminares presentadas, con solo tres restricciones, que puso de su puño en el mismo borrador escrito por D. José Carratalá &a.

El cuerpo de Rubin de Celis extemporánea y temerariamente lanzado al ataque contra el parecer de su inmediato Jeneral, alegando su Jefe tener órdenes superiores al efecto, en cuya virtud cedió Villalobos, provocó á la Division Colombiana Córdova á tomar la ofensiva y los destruyó con su superioridad, aunque no sin pérdida. Para reparar esta desgracia, se empeñó la division Monet en el paso del barranco de su frente, y visto este imprudente avance, el Jeneral Sucre prescindió *con habilidad* momentáneamente de su izquierda para empeñar la infanteria y la caballeria de Colombia por la derecha y el centro con toda decision, como que de su éxito dependia su porvenir; y esta resuelta arremetida produjo en los soldados Realistas la mas inesplicable sorpresa: batiéronse, no obstante con una firmeza y una valentia dignas de mejor suerte &a.

El ejército independiente se componia en su mayor parte de soldados Colombianos aguerridos, que distaban de quinientas á mil leguas de sus hogares, contaba con muchos jefes y oficiales experimentados y con varios extranjeros de nombradia. El Jeneral Sucre se condujo como conocedor de la dificil situacion en que se hallaba colocado, y es *menester confesar* que supo sacar con intelijencia el partido que la necesidad aconsejaba, ya que los Españoles olvidando el antiguo proverbio de «*al enemigo que huye la puente de plata*, se sirvieron de la mayor movilidad de sus tropas para impedirles la

continuacion de la retirada, aunque con el plausible fin de alcanzarlos y batirlos.

(Mem. para la Hist. de las armas Españolas en el Perú por el Jeneral Camba, paj. 234, 237, 239, 240, 247 y 248. Tom. 2°.)

Inmediatamente despues, Sucre se encaminó á su patria tocando de paso en el Callao para ofrecer al Gobierno de Lima su mediacion *particular* en el arreglo de las diferencias que daban oríjen á su guerra con el de Colombia por la siguiente nota

A bordo de la fragata Porcospin, á la vela sobre el puerto del Callao, á 10 *de Setiembre de* 1828.

Al Excmo. Señor Presidente de la República Peruana.

Excmo. Señor.

Los negociadores del Gobierno Boliviano ofrecieron de mi parte al Jeneral del Ejercito del Perú, que en mi bajada del puerto de La Mar á Guayaquil, tocaría en éste, con el objeto de ofrecer mis buenos oficios en cuanto tendieran á transijir las diferencias del Gobíerno Peruano con el de Colombia,. Aunque los acontecimientos en aquel pais variaron de tal modo, que pudiera considerarme exonerado de mi compromiso , he creido útil cumplirlo, oponiendo á los rencores personales un acto jeneroso; y llenando mi palabra, he llegado aquí desechando las ocasiones que tuve en Cobija y Arica para marchar directamente á Guayaquil.

Ignorando el estado presente de las cosas entre Colombia y el Perú, no acierto á decir, si mi paso será de algun provecho, ó si en las opi-

niones se juzgará bien ó mal. En mi posicion única, me toca mostrar con él mis deseos particulares por la paz entre los pueblos de América, convencido de que la guerra trae siempre consigo males públicos, especialmente en nuestros desolados paises.

Mi falta de conocimiento del estado actual de las relaciones entre Colombia y el Perú me deja ignorante, de si los intereses ó el honor de alguno de los dos pueblos, hacen imprescindible la guerra. Sin examinar los derechos ó los deberes en que alguno esté para llevarla al cabo, habiendoseme acusado de que *soy yo* una de las causas ó *el ajente* de un rompimiento, debo individualmente, hasta por mi reputacion, desmentir, ésta calumnia, añadiendo al paso que doy, mi conducta hacia el Perú desde principios de 1827, que es suficiente comprobante de mi anhelo porque la paz no fuera turbada.

Si el Gobierno Peruano acepta mis oficios para una reconciliacion con Colombia, recibiré con gusto cualquiera comision en favor del reposo de esta República; y puede dirijirme á bordo sus instrucciones que prometo desempeñar honradamente. Si al contrario, mi oferta fuese inoportuna, porque ó sea tarde, ó porque el honor y el interés de una de estas naciones exija ó importase luego la guerra, habré siquiera deshecho aquella calumnia, y puéstome á cubierto ante la América, de toda responsabilidad, por los males que alguna de ellas sufra; especialmente cubriré mi conducta ulterior en que me coloquen las circunstancias, para que en ningun caso se juzgue que mis procederes son guiados por resentimientos personales, por enconos ó venganzas, á que de *todo corazon* renuncio, cuando se trata del bien público, y que por justos que

sean, los pospongo á la dicha de los pueblos, á quienes siempre he consagrado mis constantes servicios. ¡Ojalá, que no sea yo vengado, ni por los sucesos, ni por la lucha de pretensiones entre los mismos, que me han ofendido, para que los pueblos no sean las víctimas!

Habiendo pensado no bajar á tierra, y recibir á bordo la contestacion y el despacho de V. E., ruego que sea pronto; porque si el estado de mi salud permite cualquiera sacrificio por la causa jeneral, tambien reclama mi pronta llegada á Quito para completar mi curacion. Es por esto que si el Gobierno Peruano halla inútiles ó inoportunos mis oficios pacíficos, se dignará en retribucion á la buena fé y sinceridad con que he venido á ofrecerlos á la República, proporcionar un *pequeño* buque, que *de mi cuenta* me conduzca á Guayaquil, siguiendo viaje hoy mismo si es posible.

Dios guarde á V. E.—=Por S. E. el Gran Mariscal de Ayacucho, el Edecan.=—*José Escolástico Andrade.*

«Recibida con *frialdad* y aun con *desden* esta oferta jenerosa, abandonó Sucre las costas Peruanas y llegó á Guayaquil el 17 de Setiembre, despues de seis años de ausencia, por resultado de los cuales quedó libre el Perú, constituida Bolivia y terminada la guerra de la independencia americana.» (Hist. de V. por B. y D. páj. 250 y 251.)

Hablandose de la batalla de Tarqui, dicen los mismos historiadores. «Esparcióse rápidamente la noticia del asesinato de los jefes colombianos, y en el primer movimiento de su indignacion ejercieron los vencedores crueles represalias, á que puso término Sucre, condenando á muerte al que privára de la vida á un prisionero. No contento con esto, mandó tambien suspender la persecucion; pues

satisfecho el honor de Colombia, era ya inútil derramar mas sangre americana. Repugnaba al que fué tan clemente y magnánimo con los españoles en Ayacucho, mostrarse en Tarqui severo y vengativo con hermanos; y por esto, recordando los hechos de aquel dia de gloria y de virtud, ofreció á La-Mar una capitulacion que salvára las reliquias de sus fuerzas. (Hist. de V. por B. D. páj. 259, tom. 2°.)

La muerte del Libertador habia sido precedida por la de otro insigne americano. No en el lecho del justo ni en el campo de batalla, que tantas veces ilustró con la victoria y la clemencia, sino á mano de viles asesinos pereció *Sucre* en la flor de sus años, y cuando la patria estaba mas necesitada de la virtud y de los talentos de aquel hijo esclarecido. Se ha visto ya que el Gran Mariscal de Ayacucho ocupó la Presidencia del Congreso constituyente de Colombia; y ha de saberse, que allí separándose del comun sentir de sus conmilitones, y de las ideas exajeradas del partido opuesto, defendió la *libertad del pueblo y los principios mas sanos de órden y gobierno* con el tino, ilustracion y cordura que brillaron siempre en todas sus acciones. Dificil es concebir, por qué tuvo Sucre enemigos, habiendo sido moderadas sus opiniones, sus servicios á la patria desinteresados, finas y agradables sus maneras, bueno su corazon y en extremo jeneroso. Tal vez era molesta é importuna en aquella época de errores y de crímenes *tan excelsa virtud*; pues contrariaba la ambicion de caudillos poderosos ó los planes insensatos de algun bando político; y casi confirman estas sospechas los precedentes y circunstancias de la traicion, que logró privarle de la vida. Pruebas hay que el golpe fué preparado despacio y á sangre fria:

es bien sabido que la misma víctima tuvo con tiempo avisos del peligro. Eran por desgracia muy urjentes los negocios que exijian en el Sur la presencia del Gran Mariscal, y muy noble su alma para que pudieran intimidarlo riesgos oscuros, á que por otra parte no dió crédito, fiado en el testimonio de su pura conciencia.» (Hist de V. por B. y D. paj 543 y 544).

COMPROBANTES.

Lima, á 10 *de Junio de* 1850.

Señor de mi distinguido aprecio.

U. debe haber leido la «Ojeada al Comercio,» inserta en el número 3,268 de este periódico. En ella se trata muy despreciativamente al inmortal Jeneral D. Antonio José de Sucre, hasta el extremo de negarle *toda capacidad táctica ni estratéjica,* y limitando su mision en la célebre jornada de Ayacucho al papel de *arengador.*

No hay duda, ni me opongo á que los muertos deban ser juzgados por los vivos; pero cuando estos se apartan de la veráz imparcialidad que demanda la historia, *severa é impasible siempre,* no les queda á aquellos otro recurso para rectificar los hechos, que el de apelar al testimonio de sus contemporáneos y colaboradores.

Habiendo tenido U. la fortuna de segar tambien laureles en el campo de Ayacucho, y siendo juez muy competente, para valorizar los hechos y los hombres, que entonces figuraron; le he de estimar, que con la franqueza propia de un veterano de la libertad, y la veracidad de un hombre de bien, testigo y actor en ese dia de eterna prez y gloria para los americanos del Sur, me diga á

continuacion; cuál fué en realidad el comportamiento militar del Jeneral Sucre en aquella batalla, y cuál su capacidad estratéjica en la direccion de la campaña. ¿Cree U. que el Jeneral Sucre estaba dotado de la *cabeza* y del *corazon* que se requiere para la formacion de un héroe? ¿Piensa U. que en el memorable 9 de Diciembre de 1824, correspondió bizarramente á las esperanzas de la América del Sur, á la confianza del Libertador de Colombia, á los deseos del Perú y á la fidelidad y esfuerzos de sus conmilitones? ¿Es, ó no digno representante de las glorias inmarcesibles del Ejército Unido Libertador, justamente orlado por sus compañeros de armas con el título imperecedero de Gran Mariscal de Ayacucho?

Réstame todavia pedir de U., que se sirva manifestarme lo que U. conoció del Jeneral Sucre como hombre privado, ya por su educacion y trato en sociedad, ya por sus costumbres, ó bien por sus principios y maneras en relacion con los pueblos, con sus camaradas y subordinados, y aun con sus enemigos vencidos.

Sorprenderá á U. quizá mi exijencia; pero debe cesar esta sorpresa, al recordar, que como pariente inmediato del Jeneral Sucre, es mi deber defender su memoria ultrajada sin razon, como soldado del Ejército Libertador, me corresponde sostener la gloria de uno de los mas esclarecidos y afortunados capitanes de la América del Sur; y como amigo fiiel, cúmpleme rechazar los tiros con que la envidia y maledicencia quisieran perturbar el sueño apacible del inmaculado Gran Mariscal de Ayacucho.

Soy con perfecta estimacion de U. muy atento y obediente servidor. Q. B. S. M.—*Domingo de Alcalá.*

A los beneméritos señores
Coronel D. Juan Espinosa.
Coronel D. Baltasar Caravedo.
Jeneral D. Agustin Lerzundi.
» » Manuel Ignacio Vivanco.
» » Juan Crisóstomo Torrico.
» » José Maria Raygada.
» » Manuel Aparicio.
Gran Mariscal D. Miguel San Roman.

=

Señor D. Domingo de Alcalá.

Lima, á 10 *de Junio de* 1850.

Muy señor mio y amigo.

Si las glorias y esclarecido mérito del Jeneral Sucre estuvieran al alcance de los tiros de oscuros envidiosos; no seria el héroe que reconoce el mundo. La historia imparcial lo colocará en la primera línea de los caudillos de la independencia americana, cuya gloria no está manchada con ningun crímen, con ninguna falta, y tiene ademas, la aureola del martirio; porque su virtud fué insoportable á los malvados.

Entre tanto, yo que me honro con haberle merecido algunas consideraciones, de haber servido á sus órdenes en las campañas de Colombía y el Perú, creo tributar un homenaje á la verdad diciendo, que el Jeneral Sucre ha sido siempre tenido por el mas estratéjico de los jenerales de la independencia americana; por un jefe sagaz, prudente y del alma mas elevada. Que es un principio inconcuso que el que manda en Jefe en una batalla es el due

ño de la gloria, si vence; del vituperio y responsabilidad, si es vencido. En el ejército aliado contra Napoleon, habria otros jenerales de mas capacidad y talento tal vez, que el vencedor en Waterloo; ¿pero quién fué el vencedor? Wellington responde todo el mundo, y no averigua mas.

El Perú que se gloría de tener un escuadron titulado Husares de Junin, ¿pondrá en duda la gloria del Gran Mariscal de Ayacucho? Pero no es el Perú el que pretende rebajar el mérito de su Libertador. ¡No! Es uno que otro hombre de alma mezquina, de espíritu vil y apocado que se figura á sus solas, cuando ninguna noble influencia lo domina, que su conciencia es la conciencia pública, y lanza una blasfemia que subleva los ánimos, que repugna á la razon, que rechaza todo el mundo.

Respecto á su caracter privado, no apele U. á mi testimonio solo: cuantos le trataron encontraron en él la finura de modales, la delicadeza de trato y buen tono que hacian de él un hombre no solo distinguido, sino muy sobresaliente. Esto agregado á una instruccion sólida y variada, á sus ideas liberales y á la notable bondad con que gobernó á Bolivia, que recuerda su nombre con gratitud, hacen del Jeneral Sucre uno de los caudillos mas afamados que ha tenido la América del Sur.

No me estiendo mas, porque estoy persuadido de mi insuficiencia para tratar este asunto con la dignidad que corresponde, quedando de U. su afectísimo amigo y seguro servidor=*Juan Espinosa*.

=

Señor D. Domingo de Alcalá.

Lima, 14 *de Junio de* 1850.

Mi apreciado señor mio.

Me hace U. un honor desmesurado juzgandome competente para calificar los hechos y los hombres de la inmortal campaña de Ayacucho, á que tuve la honra de concurrir. Convencido de mi incapacidad para pronunciar un juicio ilustrado en tan grave y delicada cuestion; penetrado sin que haya afectacion de modestia en esta sincera expresion de la voz de mi conciencia de no ser yo un juez idóneo para tal debate, declinaria de buena gana el honor que U. me hace con tan lisonjeras palabras en su carta precedente. Pero no puedo ni debo negar á U. mi testimonio, como el de un simple testigo de los hechos á que las preguntas de su carta se refieren, ya que no fuera por el sentimiento de la justicia hondamente grabado en mi pecho, por apelar U. á mi veracidad, no menos que por los nobles sentimientos que le guian en sus esfuerzos para revindicar la gloria de su digno pariente el ilustre vencedor de Ayacucho.

No he leido el artículo del «Comercio» á que alude U., porque de algun tiempo á esta parte, rara vez veo nuestros periódicos Asi que, limitandome á satisfacer las interrogaciones de U., mis respuestas no deberán tomarse como un exámen ó refutacion de aquel escrito, sino únicamente como la fiel expresion de mis opiniones sobre las altas cualidades del Mariscal de Ayacucho.

Su honrosa comportacion militar en la batalla de este nombre, sus distinguidos conocimientos tácticos y estratéjicos manifestados en la direccion

de aquella campaña, su serenidad, cálculo y prevision acreditados en todos los movimientos y operaciones del Ejército Unido Libertador, y muy particularmente desde la retirada llamada de Lambrama, hasta el fausto 9 de Diciembre de 1824, son hechos universalmente reconocidos por cuantos compusieron parte de las huestes que tuvo bajo su mando. Afirmar yo, como lo hago, con mi constante conviccion estas verdades, no es pues mas que añadir mi débil testimonio, el que no rehusará á U. ninguno de los testigos y actores de la campaña libertadora del Perú. El fallo imparcial de la historia, que ejerce ya su jurisdiccion desapasionada sobre el nombre del malogrado Mariscal Sucre, acorde con el unánime sentimiento de sus compañeros de armas de Ayacucho, adornará su sepulcro con los laureles de aquella victoria gloriosa, cuyo principal honor pertenece á su nombre histórico.

La suerte vária y caprichosa de las batallas ha sabido algunas veces decorar con los honores del triunfo, á caudillos que desnudos de las prendas del corazon y de las dotes del espíritu, que constituyen á un héroe, han debido solo á esa ciega fortuna victorias ruidosas, aun á pesar de sus desaciertos ó de su timidez. No ha sido sin embargo de tal naturaleza la victoria que reportó en Ayacucho el Jeneral Sucre, cuya intelijencia superior y cuyo valor frio é inconmovible, fueron reconocidos á la par por los militares que tuvo á sus órdenes y por los enemigos que combatió. Unos y otros, el Libertador Bolivar, el Perú y la América entera estuvieron acordes en declararlo digno de aquella espléndida victoria, de la gratitud del pais, del aprecio de los enemigos mismos, á quienes trató jenerosamente, de la gran confianza depositada en su persona y del afecto y respeto de sus subordinados. El re-

nombre de Gran Mariscal de Ayacucho que le fué concedido, mereció la aprobacion y los aplausos de Peruanos y Colombianos.

Réstame solo en conclusion testificar, en cuanto me es dado, que la amabilidad jeneralmente reconocida del Jeneral Sucre, la sagacidad de su carácter, la cultura y suavidad de sus modales, la modestia de su porte, su probidad, su desinterés, su celo por la disciplina y su consideracion para con los pueblos, fueron sin duda las cualidades que tuvo presentes el jeneral Bolívar al encargarle el mando del Ejército. Su conducta en la campaña dió testimonio de todas ellas, y le hizo captarse la comun estimacion de las tropas Peruanas y de las auxiliares, entre los que no faltaban, como era natural, disenciones y emulacion, que requerian en el Jefe toda aquella flexibilidad, discrecion y cordura tan distinguidas para neutralizar sus perniciosos efectos.

Creo haber correspondido á la interpelacion que U. se ha servido hacer á mi veracidad, con lo que acabo de escribir en respuesta; y deseando quede U. satisfecho con ella, me suscribo de U. atento, obediente servidor Q. B. S. M —*Baltasar Caravedo.*

═

Señor D. Domingo de Alcalá.

Lima, 14 *de Junio de* 1850.

Señor de mi consideracion:

Al absolver las preguntas que contiene su apreciable, que no son en mi concepto mas que las cualidades relevantes y el compendio histórico de la nombradía que éstas le produjeron por

sus grandes hechos que formaron el adorno del Gran Mariscal de Ayacucho, me creo, sin embargo de mi insuficiencia en aquel entonces y aun ahora, en el honroso y grato deber de rendir un tributo de justicia á su ilustre nombre y á su memoria; pues que los bien merecidos y justos títulos con que sus heroicas hazañas le conquistaron la admiracion de la América meridional, y de los militares, que como yo, aunque en clase de subalterno sin perderlo de vista, podiamos alcanzar á juzgar por sus acertadas y felices disposiciones, sus conocimientos estratéjicos y la pericia que adunó al jénio en las circunstancias graves, solemnes, y decisivas con que diestramente supo aprovecharse de éstas y de aquellos, que le señalaban en su inmortal carrera el triunfo definitivo que selló la independencia de la América del Sur.

No obstante hallarme, como he dicho, de subalterno en aquella época memorable y gloriosa, que me impedia un contacto frecuente con el Gran Mariscal Sucre, esto no me privó del trato que su jenial afabilidad prodigaba á todos, y en el desempeño de mis servicios y obligaciones, como en las francas y benévolas consideraciones que me dispensó, de que me honro hasta hoy, pude alcanzar á apreciar sus cualidades recomendables, su moralidad bien conocida, sus vastos y variados conocimientos que acreditó, no solo en la lucha obstinada de la guerra que dirijió con admirable tino, y la enérjica constancia que harán su imperecedera celebridad, sino con la educacion cuidadosa y esmerada, que á primera vista se advertia en él, y la que sin duda cultivaba aun en medio de las fatigas y de los peligros consiguien-

tes á su profesion, no menos que á la tremenda responsabilidad que pesando sobre él, lo habia de execrar ó enaltecer á los ojos de sus contemporáneos y á la posteridad. No es estraño por tanto verlo aparecer como un financista hábil y esperimentado, como un político sagaz y profundo, como un estadista acreditado, en fin como un hombre culto y ameno, que no se embarazaba en las dificiles tareas en que lo colocára el afortunado y brillante astro que se habia encargado de hacerle completar su mision providencial.

Cuando el Gran Mariscal se presentó en el Perú, ya la América pregonaba con entusiasmo sus hechos, sus virtudes y sus victorias. Ya arrastraba tras sí una fama colosal, y cuando se presentó en Ayacucho para vencer segunda vez con los Peruanos, unió sus sábias concepciones estratéjicas con sus ínclitos é inmortales compañeros La-Mar, Gamarra &a.: dispuso el plan de tan árduas y simultáneas combinaciones, que secundadas en la ejecucion con la habilidad, el valor y el entusiasmo americano del Ejército Unido, correspondieron á las esperanzas del Perú, del Libertador de Colombia y del que se hizo digno de comandar los soldados de la libertad, y de representar en él sus glorias inmortales. El Libertador de Colombia, este envejecido guerrero no se equivocó pues en la eleccion del hombre táctico, en quien la fortuna premió la pericia y el valor, porque encontró en él la cabeza y el corazon del héroe, de donde casi nacieron todas las inspiraciones que hicieron amanecer y alumbrar el 9 de Diciembre de 1824, dia de gloria inmarcesible en que la mañana de la naturaleza y de la libertad saludó para siempre al héroe de Ayacucho, al Ejército Unido Libertador y á la América del mediodia.

Esta portentosa victoria, fué un acontecimiento trascendental y memorable, cuya jigantesca magnitud no puede medirse, á mi ver en sus resultados: los importantes servicios prestados por el héroe de Ayacucho á la comun causa, ya le estan reconocidos y consignados á la historia, y son los mismos que le han adquirido derechos perfectos á nuestra eterna gratitud, y á la de todos los americanos del Sur, para tributarle el sincero y cordial homenaje deparado á los grandes hechos y virtudes que lo personificaban.

Me he extendido demasiado; pero me ha sido imprescindible con los recuerdos de aquellos dias gloriosos, que siempre son recientes, y que harán el monumento de la fraternidad americana, en los que el Gran Mariscal Sucre reveló con su conducta pública y privada, un jénio liberal, benigno y accesible, que le captaron las universales simpatias, conciliando á la par en aquella su dignidad y circunspeccion caracteristicas, que supieron apreciar hasta sus enemigos vencidos, como lo manifiesta la capitulacion que estos debieron á su jenerosidad y filantropía. No es con una plumada en un comunicado anónimo que ha rejistrado una de las prensas de esta capital suscrito por un solo individuo, que no representa al Perú ni á la América, y que indudablemente no debe ser Peruano, el que sin antecedentes verídicos para juzgar, quiera decidir y eclipsar la reputacion tàctica del guerrero y preclaro Gran Mariscal de Ayacucho, á quien se ha querido limitar con odiosa y criminal injusticia por sus detractores gratuitos al ridículo papel de arengador: la ingratitud no hallará jamás contrapeso para inclinar la balanza de la justicia, en que la conciencia del mundo y de la historia han pesado sus méritos y sus acciones.

El Gran Mariscal de Ayacucho ha muerto ya por una mano traidora y sacrílega; mano maldita y excecrable, que codiciando quizá su gloriosa fama y sus virtudes que no podria imitar, perpetró el mas detestable crímen; pero su nombre inmortal arrancará siempre á los americanos del Sur una lágrima ardiente de reconocimiento y sensibilidad, que caerá sobre los altares venerandos levantados á su memoria y sobre su tumba, como un testimonio ferviente, universal y eterno dé la gratitud de la América agradecida.

Ojalá que esta lijera y fugaz reseña contribuya como un grano de arena que tributan la justicia y el reconocimiento al edificio póstumo que la austera é impasible historia tiene acordado á los grandes hombres en sus doradas pájinas, y en aquel sueño de la eternidad donde descansa en paz en el seno de la verdad, recibiendo allí la recompensa indefinible en que le suceden millares de siglos misteriosos para el justo.

Soy con profunda estimacion su muy decidido amigo, S. S., Q. B. S. M.—*Agustin Lerzundi.*

Señor D. Domingo de Alcalá.

Lima, á 12 *de Junio de* 1850.

Muy señor mio de todo mi aprecio.

Con mucha satisfaccion he leido la estimable carta que anteayer se ha servido U. escribirme, pidiendome le manifieste mi opinion sobre la conducta de su ilustre tio el Jeneral Sucre en la campaña de 1824, y en la gloriosa batalla que puso término á la guerra de la Independencia.

No soy juez competente, como U. me hace

el honor de creerme, para juzgar en tan gran causa y á tan excelso personaje, pero puede U. estar seguro de que me acompañan la veracidad y la franqueza que ha tenido á bien recomendarme. Y, en prueba de ello, empiezo por confesar á U. que en mi humilde concepto no debe hacer caso de las injurias que un articulista desconocido lanzára contra el esclarecido Jeneral en el número 3268 del «Comercio,» diario de esta capital. Si algun escritor de nota, cuya obra acatada por los intelijentes, pudiera servir de argumento á la história, ó contribuir al juicio de la posteridad, al analizar las operaciones y conducta del Jeneral en Jefe del Ejército Perú-Colombiano las hubiese censurado, fundandose en razones siquiera especiosas, yo convengo en que U., por cuyas venas corre la sangre del ilustre difunto, debiera campear en su defensa; pero en el caso actual ¿á quién va U. á refutar? ¿qué vá U. á refutar? La necia vulgaridad ó sea la calumnia de que U. se ha afectado, no puede menoscabar la alta gloria del vencedor de Pichincha y de Ayacucho: á nadie es dado mancillar con frases huecas su nombre tan inmortal como la memoria de esas famosas jornadas, como la Independencia que fué su resultado, como las naciones que le debieron el ser, como el continente donde estan situadas. No basta por cierto para oscurecer tanta gloria, que á un cualquiera se le antoje decir—*El Jeneral Sucre carecia de toda capacidad táctica y estratéjica: en Ayacucho no hizo mas papel que el de arengador.* ¡Qué quiere U. que se conteste á semejantes palabras! ¿entrarémos en el prolijo exámen de sus operaciones durante la campaña? ¿Analizarémos sus disposiciones y movimientos en la batalla? Por complacer á U., y mas aun por satisfacer á la verdad y á la justicia, emprenderia yo de buena gana esa,

en mi concepto, no fácil tarea; pero ¿la ofensa lo requiere? parece que no, señor Alcalá. Y mientras se escriben nuestros análes militares, ó la história se encarga de consignar en sus pájinas los grandes hechos de nuestra revolucion, y designar á sus grandes actores el puesto que deben ocupar en el templo de la gloria, confórmese U. con que yo, consultando á mis débiles alcances, me limite á recordar lo que para mí tiene de mas admirable la conducta del Mariscal de Ayacucho en la campaña que con justicia le dió su nombre.

No es su sábia operacion para descabezar el Apurimac, tras del cual maniobraban catorce mil españoles; no su habilidad para reunir y concentrar su ejército, cuando estos pasando aquel rio se arrojaron rapidamente; no su destreza para restablecer su línea de comunicacion y ponerse de nuevo en contacto con su base de operaciones, cuando el enemigo adelantandose á pasar el Pampas cortó la una y le separó de la otra; no su sangre fria para frustrar el impetuoso y bien combinado ataque de Colpahuaico; no el acierto con que reforzó la izquierda de nuestra línea formada por la division Peruana, que resistia con notable desproporcion numérica el vigoroso y tremendo ataque del distinguido Jeneral español Valdéz; no la oportunidad con que de acuerdo, segun es fama, con el noble Jeneral Lamar hizo que el bizarro Jeneral Córdova arremetiese la línea enemiga, que por aquella parte aun no habia concluido su despliegue; no por decirlo de una vez, el heróico denuedo con que arengó, alentó y dirijió sus tropas en la memorable batalla que coronó tantas proezas. En la retirada que hizo desde la márjen izquierda del Apurimac hasta las inmediaciones de la ciudad de Huamanga, ¿cómo pudo ejecutar en buen órden tantas

y tan dilatadas marchas? ¿cómo logró conservar sus fuerzas casi sin mengua? ¿cómo supo mantener á presencía de un enemigo poderoso y superior en número que le seguia los alcances, la disciplina, la moralidad y el ardor del soldado? Esto es lo que el vulgo no aplaudirá jamas, y lo que siempre cautivará la admiracion de los hombres de la profesion. Debiólo á la calma, tino y oportunidad con que aprovechaba de las localidades y accidentes del terreno para acampar y descampar, para emprender ó suspender los movimientos, para ofrecer ó rehusar el combate, conteniendo siempre la prepotencia del enemigo; debiólo á la confianza que por estos medios supo inspirar á sus tropas; debiólo al esmero y dilijencia con que cuidaba de su subsistencia y bienestar, y al amor que de sus resultas le profesaban; por cuya causa el Libertador le llamó el Jeneral del soldado; lo debió finalmente á su talento, á su firmeza, á su prudencia, á su benignidad, ó lo que es lo mismo á su juicio y á su caracter, á su *cabeza* y su *corazon*; porque tenia la cabeza el corazon de un héroe.

De las prendas que adornaban al Jeneral Sucre como hombre privado, no soy yo que tan honrosas y benévolas distinciones le merecí, á pesar de mi temprana edad, quien debe dar testimonio. En el Perú y Bolivia viven todavía muchas y muy distinguidas personas, que le tratáron con inmediacion, que idolátran su memoria, y que se complacen en recordar y trasmitir, cuánta fué su magnanimidad y desinterés, su jenerosidad y clemencia, su afabilidad y cultura.

Termino esta carta, señor Alcalá, asegurando á U. que me creo descargado, bien que solo en parte, de una deuda como sagrada, pagando este corto tributo de mi amor y admiracion á la me-

moria de su excelso tio, y que apetezco muy de veras que U., su digno sobrino, me cuente en el número de sus amigos, y me tenga por su obediente servidor Q. S. M. B.

Manuel Ignacio de Vivanco.

=

Señor D. Domingo de Alcalá.

Su casa 11 *de Junio de* 1850.

Señor de mi consideracion.

Me es altamente honroso absolver las preguntas que me hace U. en su apreciada carta que precede, refiriendose á ciertos hechos del ilustre capitan de Ayacucho, sintiendo en mi alma la complacencia que me inspira el recuerdo del Jeneral Sucre, nombre venerando para los que como yo tuvieron la fortuna de militar á sus órdenes y participar de las glorias que con su cabeza y corazon alcanzó para inmortalizar la história de los pueblos sur- americanos.

Por lo que presencié en la campaña de 1824, y sobre lo que hoy puedo juzgar con algunos mas conocimientos que entónces, debo asegurar conforme á mi conciencia, que el Jeneral en Jefe D. Antonio José de Sucre estaba dotado de una distinguida capacidad militar y de vastos conocimientos estratéjicos; que con su comportamiento en la batalla de Ayacucho llenó las obligaciones de su cargo, y cumplió con los deberes del soldado, correspondiendo dignamente á los esfuerzos de la América, á la confianza del Libertador, y á los ardientes deseos del Perú, como ganandose en aquel memorable dia la estimacion de cuantos componian el Ejército Unido.

Perteneciendo yo en aquella fecha á la clase subalterna, no me cupo la suerte de tratar al jeneral Sucre; pero sí oia continuamente hablar de su trato franco, jeneroso y amable, siendo aun sus actos privados acompañados de la circunspeccion y moral con que siempre se distingue el que recibe una educacion prolija y esmerada, constandome sí, que jamás dejó de manifestar sentimientos de humanidad, cuando era preciso ejercerlos á favor de los desgraciados.

Ojalá que este pequeño y justo homenaje que tributo á la memoria del desgraciado señor Gran Mariscal Sucre, pueda servir para tranquilizar al que tiene la fortuna de llamarle pariente y amigo, y de quien soy atento S. Q. B. S. M.

Juan Crisóstomo Torrico.

Señor D. Domingo de Alcalá.

Lima, Junio 12 *de* 1850.

Muy estimado señor mio.

Mi prescindencia de todas las cuestiones que en el dia ventila la prensa, no me ha permitido instruirme de la «Ojeada al Comercio» que ha motivado su apreciable carta de anteayer; carta que ha venido á sorprender mi abnegacion con tanto mas fundamento, cuanto que nunca crei hubiese quien pusiese en duda el mérito eminente y alta valía del Gran Mariscal de Ayacucho, ni menos quien tentase de nublar la aureola de inmensa gloria que le circunda.

Siempre he recordado con admiracion y gratitud los servicios de los próceres de la inde-

pendeucia americana, y al hablar ahora del héroe que nos ocupa, no es mi ánimo oscurecer el de sus tenientes en aquella memorable jornada. Contestando pues á U. con la verdad que de mí exije y que es propia de mi carácter, diré: que desde Pichincha en que tuve la buena fortuna de encontrarme á las órdenes del esclarecido Jeneral Sucre en clase subalterna, reconocí un Jeneral diestro, intrépido sobre el campo de batalla, y muy capaz de consumar la grande obra de la emancipacion, que efectivamente consumó con su cabeza y su espada el 9 de Diciembre de 1824, á que tambien tuve la gloria de concurrir en calidad de jefe, y ya en estado de juzgar de los hombres y de las cosas.

Me pregunta U., si el Jeneral Sucre estaba dotado de la *cabeza* y del *corazon* que se requiere para un héroe, si correspondió á las esperanzas de la América, á los deseos del Perú &a. ¿Qué podré decir á U.? El Jeneral en Jefe del Ejército Unido Libertador que en medio de marchas hábiles y bien combinadas al traves de todo jénero de privaciones, desplegando una serenidad y sangre fria asombrosas en los momentos del peligro, supo arrollar en Ayacucho á las lejiones Peninsulares dobles en número, y obligar á sus Jenerales orgullosos y ufanos de sus anteriores sucesos á venir á refujiarse y capitular bajo sus banderas victoriosas, no necesita de un abogado tan pequeño como yo: la nacion que lo caracterizó con el título y renombre de Gran Mariscal de Ayacucho, y aun con el de Libertador del Perú, segun lo tengo entendido, título de que jamás quiso hacer uso el héroe, parece que comprendió la importancia del hombre, cuyo valor y jénio habian operado prodijíos, y que grande y

magnánimo habia salvado la libertad americana, y terminado la guerra mas desoladora. Los americanos que consideran en Sucre una de sus glorias, los liberales de Europa que vén en él al excelso caudillo que empleó su valor en defender la libertad de la América del Sur, sus enemigos mismos que recuerdan al vencedor humano y jeneroso, y todos los que miran en Sucre un nombre histórico, son sus mejores abogados.

Parece que se le acusa de no haber servido en filas, y ciertamente he oido de boca del héroe que principió su carrera en el cuerpo de injenieros; pero esto mismo es una presuncion mas de sus conocimientos estratejicos: tampoco Bolivar sirvió en filas, y Napoleon dió los primeros pasos de su carrera en la plana facultativa de artilleria ¿y por eso dirémos que Napoleon y Bolivar no son unos guerreros portentosos y los mas grandes capitanes del siglo?

Réstame hablar á U del Jeneral Sucre como hombre privado, y cuanto puedo decirle á este respecto es, que las diferentes ocasiones que tuve el honor de acercarmele observé un caballero de unas maneras sumamente insinuantes y de unos modales tan cultos, que revelaban al instante su finísima educacion y rara habilidad.

En fin me he estendido demasiado, mi amigo; pero esta será culpa de U. que me ha tocado un punto que me afecta en estremo, y concluiré diciendole, que sean cuales fueren las invectivas de sus enemigos, Sucre siempre será el mismo, y su memoria llegará gloriosa y sin mancha hasta la mas remota jeneracion.

Me suscribo de U. su muy atento obediente servidor Q. B. S. M.—*José Maria Raygada.*

=

Señor D. Domingo de Alcalá.

Lima, Junio 20 de 1850.

Mi estimado amigo.

Como testigo ocular y como Jefe del Estado Mayor de la tercera Division que fuí del Ejército Unido Libertador, puedo asegurar: que el resultado glorioso de la batalla de Ayacucho se debió á la decision, valor y pericia militar del Gran Mariscal Sucre. Si pudo alguna vez aconsejarse y consultar la opinion de otros Jenerales, que sin duda poseian tambien conocimientos estratéjicos, era mas bien efecto de la consideracion y buena armonía con que trataba à cada uno en su línea, y no por falta de los conocimientos militarer que podría exijirse para merecer el honroso título de Libertador del Perú.

El mérito del Jeneral Sucre en la jornada de 9 de Diciembre de 1824, ha sido dignamente apreciado no solo por los Jenerales, jefes y oficiales del Ejército Unido, sino por toda la Nacion.

La retirada que hizo el Ejército despues del contraste de Matará, es otro recuerdo que inmortaliza la memoria del jeneral Sucre. Si el Libertador Bolivar hubiera dirijido las operaciones de la campaña, nadie hubiera dudado que, desde Matará los españoles habrian sido dueños positivos de todo el territorio Peruano.

Yo podría adelantar mis opiniones á otras circunstancias y accidentes en la série de la campaña; pero temo que se crea que esta relacion la hiciera por espíritu de parcialidad; que si pudiera haberla no seré yo el único exento de ella cuan-

do se trata de esclarecer el mérito particular del Gran Mariscal de Ayacucho.

Soy de U. siempre su afectísimo amigo—

Manuel de Aparicio. (*)

Señor D. Domingo de Alcalá.

Lima, 14 de Junio de 1850.

Señor de mi mayor aprecio y estimacion.

Tengo la honra de satisfacer las preguntas que se sirve U. hacerme en su favorecida de 1°. del presente, respecto á la capacidad militar del Gran Mariscal de Ayacucho D. Antonio José de Sucre, y á su valer como hombre público y en su trato particular.

Aunque no sea yo por mi pequeñez capáz de medir las proporciones de ese coloso, y su vida esté consignada en los fastos de la revolucion américana de un modo irrevocable; expondré sin embargo mi juicio por cumplir con U. sobre aquello

(*) El Jeneral D. Manuel Martinez de Aparicio de una distinguida familia de Santa Marta en Nueva-Granada sirvió honrosa y fielmente á la causa de la España hasta Pichincha, en cuya jornada dió fin á sus compromisos con la decencia y delicadeza que le son propias. Instado por el Jeneral Sucre, que supo apreciar sus buenas cualidádes, para que tomara servicio en Colombia, declinó la oferta, no solamente por consideraciones de pundonor, sino tambien por conocer que la guerra en Colombia ya concluía, y prefirió trasladarse al Perú, que brindaba todavia ancho campo para acreditar su sincera reconciliacion con la causa de la América. Fué acojido bondadosamente por el Gobierno Peruano, cuya escarapela ha llevado siempre, y ha prestado constantemente sus servicios con celo, honradéz y entusiasmo. El Jeneral Aparicio es hoy considerado en el Perú como merece serlo y su probidad es proverbial.

que ví y pude apreciar: lo haré en verdad y justicia.

Como Jeneral en Jefe del Ejército Unido Libertador el Jeneral Sucre manifestó en la jornada de Ayacucho ser un consumado capitan. El condujo sus huestes hasta las márjenes del Apurimac con un tino extraordinario, y en su larga retirada desde el pueblo de Lambrama desplegó tales conocimientos estratéjicos, que bien pudieran competir con los de los mas expertos jenerales de la Europa. Acosado constantemente por un Ejército superior en número y recursos y mandado por los Jenerales La-Serna, Canterac, Valdéz y Monet, burló sus operaciones y frustró sus ataques. por medio de hábiles movimientos y bien concertadas maniobras, hasta que llegado al pueblo de Quinua, se preparó para admitir el combate buscado con ansia por los Españoles.

El 8 de Diciembre de 1824, habiendo coronado el Virey con sus fuerzas las cimas del Condorcunca, el Jeneral Sucre ocupó el llano de Ayacucho con las libertadoras, y cuando en él ostentaban su valor los cazadores de ambas partes, *ví* al Jeneral Sucre lucir el suyo, recorriendo nuestras guerrillas con una serenidad imperturbable, y recordando á los soldados «que toda la Améri-«ca tenia la vista fija sobre ellos.»

Al dia siguiente se dió la memorablo batalla, en la que el Jeneral Sucre alcanzó por su comportamiento la merecida gloria que le dá la fama. Desde que el enemigo empezó à descender de sus posiciones, ya se le vió preparar los cuerpos con admirable intelijencia en su colocacion, y lanzarlos en seguida á la pelea con no menos denuedo y destreza. Durante ella, dió á conocer su pericia militar por el empleo oportuno de las dife-

rentes armas, y por las distintas evoluciones con que envolvió y atolondró á su adversario, hasta obligarlo á ceder. Acrecienta su elojio, la consideracion de que allí solo disponia, puede decirse, de uno contra dos. Merecido y justamente dádole fué, pues, en mi humilde concepto, el ilustre título de Gran Mariscal de Ayacucho.

Por lo demás ¿quién ignora los talentos y profunda política del Jeneral Sucre? ¿quién no lo conoció tan tremendo en guerra, como accesible, sagáz y moderado en la paz? ¿Alguien le ha negado la cultura de su espíritu, lo esmerado y fino de su educacion, su trato noble y franco, su lealtad para con sus amigos, y su afabilidad para con todos? Cuanto á ser magnánimo, escrita está la capitulacion de Ayacucho, elocuente testimonio de la conducta que observó con sus enemigos vencidos.

Aquí deberia terminar mi comunicacion, si la de U. me interrogara sobre el mérito del Jeneral Sucre de una manera absoluta; pero remitiendose en ella á la «Ojeada del Comercio» número 3,268 en que se le considera con relacion al de los jenerales La-Mar y Gamarra, añadiré: que no porque conozca la importancia del primero, desconozco la de los segundos, cuya memoria respeto con veneracion. Grandes y esforzados capitanes fueron tambien estos ilustres caudillos de nuestra independencia, é hicieron mucho en la campaña y batalla de Ayacucho, y si fuera del caso, expondria sus conocimientos militares y demas eminentes cualidades con la propia franqueza. En materia de merecimientos, el de uno no excluye el de otro, más cuando hablan los hechos. La posteridad ha estimado ya los de cada cual de los varones mencionados en su justa balanza. Ancho es el mundo, muchos sus habitantes y variados sus acontecimientos. Preci-

so es dar á cada uno lo que le pertenece, y no negar á nadie lo que Dios quiso concederle.

He contestado á U. con mi conciencia, suscribiendome su muy atento, obsecuente servidor, Q. B. S. M.—*Miguel San Roman.*

Benemérito señor Jeneral D. Juan Pardo de Zela.

Lima, á 10 *de Junio de* 1850.

Muy apreciado Jeneral y amigo

Es natural que U. haya leido la "Ojeada al Comercio» inserta en el núm.° 3268, y que se haya fijado en el desprecio con que ha sido tratada la memoria del Jeneral Sucre, negandole todo mérito militar en la campaña y batalla de Ayacucho, y ciñendo su papel al de *arengador*. Crece de punto la desfachatez del "Revistador,» si se considera que habla en presencia de centenares de camaradas del ilustre Jeneral, sus diversas campañas, y sobre todo en que la sancion pública ha consignado en la historia el puesto que debe ocupar el magnánimo y culto vencedor de Ayacucho. Esto me hace recordar, lo que sucedió en España con el Rey José Bonaparte, á quien los frailes pregonaban como tuerto y borracho con el sobrenombre de Pepe Botellas, cuando tenia precisamente *lindos ojos* y era muy *sobrio* y moderado. Antes pues que los calumniosos detractores de nuestros grandes hombres logren lo que los frailes de España con José Napoleon, es del deber de los compañeros que sobrevivimos, salirles al encuentro con los hechos, tales cuales pasaron, y presentar á los hombres de nuestra época tales cuales lo merecen.

U. no tuvo la fortuna de hallarse en Ayacucho, porque en una campaña no es posible que todos

se encuentren en las batallas; pero sí se halló en Jauja con una importante comision, necesaria para el complemento de aquel suceso. Nada ignora U. de lo que pasó en Ayacucho. Y precisamente, pocos hay en el Perú que tuvieran un trato mas cercano con el Jeneral Sucre que U., por haber sido su Jefe de Estado Mayor en la campaña de 1823 sobre Arequipa, y por haber U. merecido en ella su plena confianza. Fundado en esto, y en el interés que todo hombre bien nacido debe tomar en el desagravio de la memoria de un Gran Capitan, igualmente distinguido por sus virtudes cívicas y alta intelijencia, exijo de U. en nombre de aquella esclarecida sombra, que sin embozo y con varonil franqueza, emita al pié de esta carta, la opinion que tiene U. formada del Jeneral Sucre, acerca de sus conocimientos tácticos y estratéjicos en la guerra, su comportamiento en el combate y con los pueblos, su fé en los tratados, su manejo con los vencidos, y el grado de cultura y civilizacion de su trato en sociedad. Finalmente, ¿cree U. que sea digno Representante de las glorias del Ejército Unido Libertador, y merecedor del timbre de Gran Mariscal de Ayacucho, con que le saludó el sol de 9 de Diciembre de 1824?

Penosa es, mi Jeneral, la tarea que le doy; porque los recuerdos que le suscito deben enternecerle; pero U. no desconoce los justos derechos que me asisten para revindicar los títulos gloriosos del Jeneral Sucre, que ya son el patrimonio de la América del Sur, y quizá el consuelo de los compañeros de armas que le sobrevivimos. Seamos todo, menos ingratos.

Soy con perfecta consideracion de U., señor Jeneral, muy obsecuente amigo y atento servidor, Q. B. S. M.—*Domingo de Alcalá.*

Señor D. Domingo de Alcalá.

Lima y Junio 13 *de* 1850.

Muy apreciado señor y amigo.

Tengo á la vista su carta de U. escrita y recibida el dia de ayer, cuyo contenido manifiesta el decidido interés que se toma U. en desvanecer una equivocacion que ha tenido el que redactó la «Ojeada» que se halla inserta en el «Comercio» número 3,268, al contraerse en ella el escritor, recordando la memoria del Gran Mariscal de Ayacucho Antonio José de Sucre, bajo cuyas órdenes he prestado algunos servicios en la dilatada lucha de nuestra emancipacion política, que quedó definitivamente establecida y sellada con el espléndido triunfo de Ayacucho obtenido el 9 de Diciembre de 1824, como resultado de los esfuerzos que pusieron en ejercicio Peruanos y Colombianos bajo la enseña de sus pabellones, que con esplendidez flamearon en aquel campo afortunado, siendo el de Colombia el que contenia mayor número de fuerzas, con que concurrió, y al que seguia el del Perú, con una emulacion propia de los tiempos heroicos, porque cada individuo se disputaba ser el primero en los peligros, y cuyo entusiasmo tenia muchas veces que ser contenido por la prudencia, sagacidad y política, con que el ilustre Sucre se manifestó, no solo en esa campaña, sino tambien en la de Arequipa, en que me cupo la suerte de desempeñar sus órdenes como el encargado del Estado Mayor Jeneral de aquel Ejército Unido, no por su escarapela, sino por sus esfuerzos, fidelidad y honor con que podia distinguirse el mas sencillo soldado, á quien era necesario persuadir para que abandonase el terreno una vez

adquirido, y el que tenia que ceder en fuerza de la persuasion que empleaba el Gran Mariscal Sucre, y de la disciplina que con firmeza sostenia, cuando era necesario emplearla; asi es que reunia las simpatias de todos los que recibian sus órdenes, y los pueblos se prestaban no solo con docilidad, sino tambien con entusiasmo, á obedecerlas, sin lo cual hubiera vacilado nuestra total emancipacion.

Al exijirme U. emita mi opinion francamente sobre el concepto que hubiese formado de los conocimientos tácticos y estratéjicos en aquella guerra, su comportamiento en el combate y con los pueblos, su fé en los tratados, su manejo con los vencidos, y el grado de cultura y civilizacion de su trato en sociedad &a.; es para mí esta exijencia demasiado superior, para que mi pluma pueda preconizar las virtudes morales y cívicas, con que se ha distinguido el Gran Mariscal Sucre en el Perú; su memoria ya como político ó ya como estratéjico Jeneral en Jefe ha sido vista y juzgada, no solo por la República Peruana, sino tambien por la de Colombia, donde empezó su carrera, que coronó en el campo de Ayacucho, cuyo recuerdo vive siempre, aunque el héroe descanse en el sepulcro á donde prematuramente lo arrojó una mano traidora, quizá envidiosa de sus glorias; y la historia de una y otra República marcará sus hechos heroicos con caracteres indelebles, sin que dejen de tener parte en ellos los ilustres La-Mar y Gamarra, que en su clase de subordinados en Ayacucho, cumplieron con precision las órdenes que emanaban de una cabeza bien organizada, y cuyo cálculo era tan preciso, que dió los resultados que han sido ya juzgados en el gran jurado nacional, fallando los timbres y recompensas que le acordó; siendo por tanto, un juicio fenecido, acabado y pasado en autoridad de co-

sa juzgada, que no debe ventilarse nuevamente, y mucho menos para que yo emita una opinion que solo concretaré, «*á que si me hallase en el deber de «obedecer, me seria muy grato recibir órdenes de ciu«dadanos que reuniesen los talentos y virtudes que «desplegó en el Perú el gran Sucre*, á quien me cupo en suerte tratar con inmediacion, dispensandome su amistad, que he respetado, admirandome siempre su moderacion.

Réstame manifestar á U., que la libertad que goza nuestra imprenta es tan excesiva que todo el que habita el Perú tiene derecho á emitir sus conceptos en ella, y un individuo no puede contrariar la gratitud del Perú hácia la memoria del ilustre Sucre, que todo Peruano sensato y pensador le tributa, y no debe extrañarse que uno ú otro escritor disienta de esta opinion jeneral, titulando al héroe de Ayacucho *proclamador*; lo que prueba, que no debe conocer las funciones inherentes al que desempeña un mando en Jefe, pues al saberlas, no hubiera juzgado en su «Revista» con tanta lijereza como lo ha verificalo llamando *proclamador* al que debió llamar *Salvador*.

Soy de U. con la mas cordial consideracion, su muy atento obediente amigo y servidor, Q. B. S. M.—*Juan Pardo de Zela.*

═

Benemérito Illmo. Gran Mariscal D. Antonio Gutierrez de La-Fuente.

Lima, á 13 *de Junio de* 1850.

Mi estimado Jeneral y amigo.

La mas grata tarea sobre la tierra sea quizá la que nos proporciona el placer de defender la

memoria del deudo ó amigo, que descansa en perpetuo sueño; y aun es mas agradable todavia, cuando ese amigo ha legado á sus relacionados, titulos incontestables, que puedan en todo tiempo guarecer su reputacion contra los inmerecidos ataques que le dirijiera la injusticia, ó la maldad. Esta es hoy mi tarea respecto de la memoria del Jeneral D. Antonio José de Sucre, venerada hasta por los vencidos en Ayacucho, y que un mal americano ha pretendido zaherir y menguar en su «Ojeada al Comercio» inserta en el número 3268 de este periódico. Verdad es, que ha escupido á un sol, cuyo reflejo, no mas sobra para rechazar la asquerosa saliva del mordaz contra su propio rostro. Sucre ha sido juzgado por su siglo, el que unánimemente le proclama Gran Capitan, hábil político, consumado estadista, preclaro varon, que mereció bien de la *Patria* en la causa de su libertad é independencia, y de la sociedad por sus virtudes cívicas. Mas esto no basta para satisfacer á los vivos, que debemos justamente, y aun por egoismo si se quiere, defender á todo trance la sombra sagrada de los hombres prominentes. ¿Quién, aun siendolo, quiere hacer alarde de ser ingrato y malvado? Solo un esclavo degradado. El salteador asesino siquiera expone su vida en los caminos públicos al dar su golpe fatal: el calumniante falaz se arrastra y esconde como la sierpe, para clavar su diente venenoso en el indefenso pasajero. ¡Anatema contra los ingratos, sea la divisa de los americanos del Sur! Protestémos, mi Jeneral, enérjicamente, contra el sacrilejio que cometen los *libertos* sobre los restos venerandos de sus *libertadores*.

No fué U. del número de los valerosos campeones, cuyas sienes orló Belona con el ínclito laurel de Ayacucho en 9 de Diciembre de 1824, por-

que el Libertador de Colombia, previsor y providencial siempre, exijió los servicios de U. en otros puntos de la República; servicios tan penosos como los primeros de la campaña, é indispensables para el buen exito de las elevadas combinaciones de aquel jénio. U. desempeñó tan satisfactoriamente sus obligaciones, que Bolivar, por su espontánea voluntad, le igualó con los brillantes vencedores de Junin y Ayacucho. La distincion que mereció U. del Padre de la *Patria*, le proporcionó ocasion y medios, no solo para estudiarle y conocerle, sino que le pusieron en contacto con el Jeneral Sucre. No recuerdo bien si U. conoció personalmente al Gran Mariscal; pero sí hago memoria de la estrecha y continuada correspondencia epistolar que mantuvieron, siendo él Presidente de Bolivia, y U. Prefecto y Comandante Jeneral del Departamento de Arequípa.

A mérito de estas relaciones y de la notoriedad de los sucesos de aquella gloriosa época, es mi deseo, que U. se moleste en manifestar ante sus compatriotas, el concepto que tiene U. formado sobre las capacidades táctica y estratéjica del Jeneral Sucre en la campaña y batalla de Ayacucho; y si es en su opinion digno de representar las glorias del Ejército Unido en aquella jornada, llevando por timbre el título esclarecido de Gran Mariscal de Ayacucho. Mas quiero; y es que U. me manifieste francamente su juicio sobre la intelijencia, la cultura, los principios, la moderacion, el desprendimiento, y hasta los mínimos incidentes que U. recuerde de la vida pública ó privada del Jeneral Sucre. De los muertos nada tenemos que esperar ni temer; pero séamos justos con ellos. Mas allá de la tumba, no hay odios ni rencores.

Hoy es dia de San Antonio de Padua, ani

versario del natalicio de U. y del Jeneral Sucre: U. existe aun para servir á la *patria:* él murió en el zenit de su carrera, arrebatado por una bala fratricida, que disparó la envidia contra ese mismo pecho, que los tiros enemigos respetaron en 9 de Diciembre de 1824; pero *vive* y *vivirá* siempre en la memoria de los americanos del Sur, que tengan corazon para sentir, y orgullo en agradecer los servicios de sus prohombres. Pido de U en este dia un tributo de justicia en obsequio de la inmaculada víctima de Berruecos.

Soy con perfecta consideracion de U., mi Jeneral, afectísimo amigo y S. S. Q. B. S. M.

Domingo de Alcala

=

Señor D. Domingo de Alcalá.

Lima, Junio 14 de 1850.

Estimado amigo.

No tuve la satisfaccion de conocer personalmente al Ilustre Jeneral Sucre; mas por correspondencia particular y oficial demasiado frecuente, me puse en situacion de merecer su amistad y confianza, ya en materia del servicio durante las campañas de Junin y Ayacucho, ya en asuntos privados. Asi es que puedo asegurar, que lo conocí plenamente por todos los aspectos que presentaban sus talentos y virtudes militares y políticas.

Consiguiente á esa estrecha comunicacion, y á los datos que suministraron á todo el Mundo los negocios de la guerra y el glorioso resultado de la victoria de Ayacucho, yo, asi como otros mil imparciales, hemos estado, y estoy persuadido de que es un agravio á ese ilustre americano

disputarle la gloria de ser en realidad el Vencedor en Ayacucho, sin privar por ello del lugar que deben ocupar los demas jenerales y jefes que concurrieron á tan decisivo y espléndido triunfo.

Crea U. pues, mi amigo, que me da U. una grata ocasion con su carta del 13 del corriente para manifestar mis sentimientos en obsequio de dicho Jeneral, á quien debí tantas muestras de aprecio y confianza; las mismas que tengo el gusto de ofrecer á U., suscribiendome afectísimo amigo y S. Q. B. S. M.—*Antonio G. de La-Fuente.*

=

Señor Dr. D. Miguel del Carpio, Consejero de Estado &a.

Lima, 13 *de Junio de* 1850.

Mi muy estimado amigo.

Cierto estoy de que U. habrá leido con indignacion y lastíma la "Ojeada al Comercio» en el número 3268 de este periódico, en que por exaltar los merecimientos de los memorables Jenerales Lamar y Gamarra, se pretende abatir el mérito del Jeneral Sucre, hasta el estremo de decir, que ni era táctico ni estratéjico, y que en Ayacucho hizo solo el papel de arengador. Sin duda que el apasionado *Revistador* no concibe como es que pueden alumbrar la luna y las estrellas en el firmamento, sin que sea apagada su bella luz por el esplendente brillo del sol. Quiero sacarle de su error, si es que ha escrito de buena fé, ó confundirle si fuese un malvado detractor de ajenas reputaciones.

A este efecto ocurro á U., para que me ayude con el testimonio de lo que U. sepa concerniente á la vida pública y privada del Señor D. Antonio José de Sucre, en su corta y gloriosa carrera; ya

como Jeneral en Jefe del Ejército Unido Libertador, vencedor en Ayacucho, ya como Fundador y Presidente Constitucional de Bolivia, bien como estadista y economista versado en la ciencia gubernativa, ora como caballero y amigo en su trato familiar, ya como hombre culto en sociedad, y finalmente como filántropo y filósofo. U. mereció la intimidad de ese preclaro varon, y pudo en el seno de la confianza medir las colosales y variadas proporciones de tan ilustre Americano. Aun quiero, y es, que U. dé á conocer á sus compatriotas, hasta los tildes que pudiera haber tenido ese hijo mimado de la fortuna. Tiene U. la capacidad y medios para ello; la reputacion de los muertos descansa siempre sobre el honor y la fé de los vivos.

Recuerdo á U. que hoy es el natalicio de nuestro esclarecido amigo el Gran Mariscal de Ayacucho, quien nos contempla desde su mansion inmortal, en la que no tienen cabida la mentira y el engaño, y nos pide que no dejémos pisotear su buen nombre impunemente por las vivoras y escorpiones. Séamos consecuentes en la tumba, con aquel que fué tan complaciente, tan grato y agradable con nosotros en vida. Festejémos el dia del Santo de nuestro amigo, con el recuerdo de sus hazañas en la tierra, con el desprecio á sus detractores, y con una làgrima ardiente de ternura y fidelidad, dirijida á su memoria, tan imperecedera ya, como son eternos los laureles conquistados en Ayacucho por los célebres campeones de la libertad de toda la América del Sur, afortunadamente recopilados en aquel glorioso campo, para presenciar los funerales de la dominacion Española en el continente de Colon. Sucre, á la cabeza de su brillante cortejo de valientes, selló en 9 de Diciembre de 1824 la indepen-

dencia del nuevo mundo, y todos sus camaradas *á una voz*, proclaman que fue digno de comandarlos, y que perteneciendo su reputacion al Ejército Unido Libertador, se halla bajo su éjida, fuera del alcance de los tiros venenosos de la envidia y maledicencia. Las glorias de Sucre son el patrimonio del orbe civilizado, y la América se enorgullece al agazajarle por su hijo predilecto.

Conmemoro á U. Doctor, que hoy es el dia del aniversario de nuestro amigo. Hace 24 años que llenos de vida, de armonia y regocijo, festejabamos reunidos los tres, este natalicio. El alma de esa fiesta vóló à su mansion inmortal, y U. y yo sobrevivimos aun, para dedícarle siquiera un recuerdo de sensibilidad y de afecto.

Disimule, amigo, mi vehemente lenguaje en obsequio á los objetos que en este momento entusiasman mi corazon. Nadie mejor que U sabe, cuan circunspecto é independiente fue mi manejo con mi malogrado pariente en el apojeo de su existencia; natural y lójico es, que en su muerte me constituya el mas ínteresado defensor de su nombre. Invoco para esto el auxilio de U.

Soy siempre con sumo aprecio, de U. afectísimo amigo, obsecuente servidor Q. B. S. M.—

Domingo de Alcalá

Señor D. Domingo de Alcalá.

Lima, Junio 20 *de* 1850.

Estimado amigo mio.

La carta de U. me ha recordado los dias felices en que ví al malogrado Jeneral Sucre presentarse á los pueblos del Alto Perú, cubierto de los blasones de Ayacucho, y recibiendo de aque-

llos una aclamacion universal por su capacidad, por su moderacion, y por su valor. Entonces marchaba yo á su lado, y observandole de cerca, hallé que el merecimiento y la justicia le daban al vencedor de Ayacucho, lo que el tiempo no ha podido defraudarle, y lo que la historia ha consignado ya en sus pajinas de oro, al calificar los hechos, al determinar las virtudes, y al ensalzar el patriotismo de un hombre, que dió gloria á la América, y existencia á pueblos esclavizados y oprimidos.

Quien quiera que hubiese tratado al Jeneral Sucre, como hombre particular, y como hombre público, habria visto que los homenajes de esa época guardaban exacta proporcion con las calidades del sujeto Una comprension rápida y de extensas dimensiones, un juicio recto y severo, y una perspicacia fácil pronta y penetrante, preparaban su pensamiento, para que produjera útiles combinaciones en beneficio de los pueblos. Una alma noble y jenerosa, un caracter sagáz y conciliador superaban los obstáculos, y daban un triunfo cierto á sus ideas esforzadas y rejeneradoras. Un corazon induljente y benigno, y la espontanea modestia de sus acciones, le daban esa atraccion simpatica, con que conquistó para su respeto y para su memoria, las voluntades de millones de personas, que todavia bendicen su nombre.

El *Jeneral Sucre* era un hombre que se habia anticipado algunos siglos á la era de nuestra civilizacion, y no debian ser coetáneas con su existencia, por su candor y buená fé, las maléficas pasiones que cortaron el hilo de sus dias y quitaron á la América un prócer de la independencia y un sostén esclarecido de las doctrinas democráticas y populares.

No crea U., señor Alcalá, que lo que acabo de decir es efecto de la amistad apasionada que profeso hasta ahora al Gran Mariscal de Ayacucho: no señor: mis sentimientos no tienen en ello parte, pero sí mi juicio, que por cierto no puede tacharse, ni de equívoco ni de fascinado. El jeneral Sucre no existe, y no puede lisonjear las esperanzas de nadie: sus hechos se conservan; sus ideas subsisten todavia; la libertad proclama su nombre, y no hay testificacion que pueda desvirtuar tanto merecimiento y tanta gloria.

Puede ser que por esto me acusen algunos de exajerado: nada importa esta censura, si yo cumplo en parte con los deberes de la justicia, de la gratitud y de la amistad de que U. fué buen testigo. Resignado de este modo, concluyo mi carta, repitiendome de U. afectísimo amigo y S. S. Q. B. S. M.

Miguel del Carpio.

=

Señor Dr. D. Benito Laso, Presidenie de la Excma. Corte Suprema de Justicia &. &.

Lima, á 13 de Jùnio de 1850.

Mi muy estimado amigo y señor.

Aun en esta época en que se ha hecho moda entre nosotros la difamacion y el sarcásmo, causa escándalo y es de estrañar que al anónimo "Revistador», número 3268 del "Comercio» en su "Ojeada», se le haya antojado recordar la memoria del magnánimo Gran Mariscal de Ayacucho, para ultrajarla y escarnecerla, y ha sido tan desatinado, que precisamente ha escojido el suelo que fue teatro de sus hazañas mas remarcables para dar soltura á sus tendencias viperinas. Al decir el revistador

que el Jeneral Sucre ni fué táctico ni estratéjico ni hizo otro papel que el de arengador en Ayacucho, hace á su vez un papel bien bastardo, zahiriendo á mansalva una de las mas altas reputaciones americanas, que descansa en el templo de la inmortalidad, figurandose sin duda que los valientes camaradas del bizarro Jeneral dejarian pasar sus calumnias desapercibidas, sin maliciar siquiera, que las glorias de Ayacucho son el patrimonio del Ejército Unido Libertador, in mancomun et in solidum, y que los troféos de esa jornada son el mas prominente monumento del valor, denuedo y constancia de los soldados de la libertad en América. Es seguro, que no ha habido, ni existe un solo individuo de aquel valeroso Ejército, desde el primer Jeneral hasta el último tambor, que no se enorgullezca con la memoria de su airoso Jefe y que al rayar la aurora del aniversario del 9 de Diciembre de 1824, no descargue de su leal corazon una lágrima de grato y respetuoso recuerdo, dirijida al nombre del modesto caudillo, que encadenó la fortuna á su brillante estrella, para cubrirse juntos de excelsa fama. La reputacion de Sucre pertenece al mundo civilizado, y los veteranos del Ejército Libertador, hermanados con los pueblos agradecidos se hacen el alto honor de colocar las hazañas de su héroe á la sombra de los inmortales laureles conquistados en Ayacucho á costa de su sangre y valentía. Los verdaderos Ayacuchos no hicieron distincion de colores ni de pendones en ese dia de gala y de triunfo, en que las balas enemigas se dirijiéran *pêle mêle* contra los pechos de todos.

Al dirijirme á U. con tan penoso motivo, no ha sido mi ánimo apelar á su testimonio para exaltar el mérito militar del Jeneral Sucre; pues afortunadamente existen conmilitones suyos, hidalgos

y agradecidos, que sostendrán su incontestable nombradía: yo apelo á U. como patriota ardiente y protagonista en la lucha de la independencia del Perú, y en su calidad de amigo íntimo del célebre Mariscal, para que franca é imparcialmente exponga ante sus compatriotas, la opinion que U. se ha formado de aquel egregio americano, ya como político, ya como administrador de los intereses populares, bien en clase de hombre culto, y finalmente bajo las fases buenas ó malas que U. crea merezca ser considerado. Èl ha muerto, y desgraciadameute murió víctima del puñal alevoso asesino de algun Cain Colombiano, y menos feliz que Cesar y Napoleon, no tuvo para complemento de su gloria, la dicha de ser el historiador de los grandes hechos de sus compañeros y de su epoca. Toca pues á los que le sobrevivimos, siquiera el consuelo de guardar su reputacion contra las asechanzas, que le asestaran la mentira y la ingratitud. Séamos justos en la tumba con aquel que en vida fué tan consecuente é induljente con nosotros.

Hoy es cabalmente el dia de S. Antonio de Padua, natalicio de nuestro lamentado amigo: vivimos todavia nosotros para recordarle con entusiasmo: él, inmortal ya, nos agradece sin duda el sincéro y disinteresado recuerdo que tributámos á su ilustre sombra. Descanse en paz y con gloria.

Soy, mi querido Dr., siempre de U. afectísimo amigo, obsecuente servidor Q. B. S. M.

Domingo de Alcalá.

Señor D. Domingo de Alcalá.

Lima, Junio 15 de 1850.

Apreciado señor y amigo.

Contesto gustoso la estimada de U, fecha

de antes de ayer, en que. haciendo un justo recuerdo del nombre y glorias del ilustre Americano el Gran Mariscal de Ayacucho, exije mi testimonio sobre el juicio que he formado de las virtudes políticas y privadas de ese célebre hijo de nuestro continente.

Antes de todo, y como de paso diré á U., que no puedo sufrir que se intente despojar al Jeneral Sucre de la gloria que le pertenece de ser el *verdadero Vencedor de Ayacucho*. Tal injusticia, solo puede nacer de un provincialismo ó sea nacionalismo llevado hasta un estremo vituperable; y asi es, que los hombres que miran las cosas con calma, no pueden dejar de condenar una injuria que se hace al mérito reconocido en el mundo entero.

Por lo demas, habiendo tenido yo el honor de conocer y tratar de cerca al Jeneral Sucre á principios del año de 1828 en Bolivia, puedo atestiguar ante el cielo y tierra, que ha sido uno de los pocos hombres en quienes se reuneu la actividad y la enerjía, con la bondad del trato y finura en las maneras. Apenas se podría encontrar un sujeto mas contraido en el despacho de los negocios públicos, ni mas intelijente para manejarlos bien; y las bases sobre que fundó el Gobierno de Bolivia, lo manifiestan hasta ahora, como que á pesar de las convulsiones políticas y variaciones de aquella República, todavia se observan ciertas prácticas en su administracion, que recuerdan á su fundador.

¿Pero necesita acaso el Jeneral Sucre de mi testimonio para conservar ilesos su nombre y su gloria? ¿No son el antiguo y el nuevo mundo los que lo han colocado en el templo de la inmortalidad? ¿No es esa gloria superior á la envidia y á la calumnia de los ingratos? Sin embargo, yo me lisonjeo de que U. haya querido distinguirme entre tantos

patriotas, para que sea uno de los que se honren con quemar un grano de incienso en el altar del *vencedor de Ayacucho y fundador de Bolivia.*

Agradezco á U. esta honra que me hace, y me repito su afecto amigo y servidor Q. B. S. M.

Benito Laso.

=

Señor D. José Ballivian.

Lima, á 13 de Junio de 1850.

Mi estimado amigo y señor.

Ya que la adversa fortuna ha condenado á U. á desterrarse de su cara patria, séame permitido aprovechar esta circunstancia, para que U. se moleste en absolver con severa imparcialidad las cuestiones siguientes, que tienen relacion con una época mas afortunada, de que disfrutamos juntos.

1a. ¿Cual fué el comportamiento público del Gran Mariscal de Ayacucho en el periodo de su administracion en Bolivia ya como gobernante civil y político, bien como administrador de los intereses fiscales, ora como centinela del honor y nacionalidad de la República?

2a. ¿Ha habido en Bolivia, ni ha oido U. que en alguna República de la América del Sur, haya existido un Gobierno mas liberal, conciliador, tolerante y progresista, que el del Jeneral Sucre, ni que hiciera menos ostentacion del poder con que estaba revestido por la Constitucion?

3a. ¿Floreció ó no Bolivia á la sombra de la paz, de la seguridad individual, del respeto á la propiedad, de la estricta economía y pureza en el manejo de los caudales públicos, del espíritu de union y concordia, que el Jeneral Sucre supo impri-

mir á sus subordinados y á los actos de su administracion?

4a. ¿La conducta privada del Jeneral Sucre en Bolivia por su suma moderacion, desinteres, moralidad, cultura de modales, y su filantropía, le granjeó ó no, las simpatías de todas las clases de la sociedad sin excepcion alguna, que le respetaban y amaban como al Fundador de su patria, digno de presidirla?

5a. ¿Ha llegado á sus oidos, que en Bolivia se cometiera, á sabiendas, alguna injusticia ó persecucion por órden del Gran Mariscal, ni aun contra aquellos que fueran sus enemigos gratuitos?

Quiero últimamente, que U. que pertenece á una de las familias mas prominentes de Bolivia, y que fué amigo personal del Ilustre Gran Capitan de su patria contribuya conmigo, no á desvanecer los errores y mentiras con que los impostores quisieran oscurecer las glorias de nuestro inmortal amigo, sino á consignar los hechos tales cuáles pasaron, para que nuestros contemporáneos conozcan que no querémos ser confundidos entre los ingratos, ni podemos consentir en que se aje impunemente la preclara reputacion del mas culto campeon de la libertad americana.

Soy con la mas perfecta estimacion de U., afectísimo amigo, y obediente servidor, Q. B. S. M.—*Domingo de Alcalá.*

Señor D. Domingo de Alcalá.

Lima, Junio 13 de 1850.

Mi estimado amigo.

Con el mayor placer me apresuro á contes-

tar la apreciable de U. que acabo de recibir; pues me presenta una grata ocasion para recordar la memoria del inmortal Sucre, Gran Mariscal de Ayacucho. El solo recuerdo de este espléndido triunfo con que selló nuestra independencia, y nos dió patria y libertad, bastaria para cubrir de gloria al héroe Americano; pero sus talentos políticos, civiles y administrativos, lo hacen aun mas admirable á los ojos del filósofo y del político. No solo pues cerró las puertas del templo de Jano, sí tambien dió existencia á una nueva República, cimentandola sobre bases indestructibles, y sistemandola con leyes sábias, liberales y progresistas, cuales se rejistran en los primeros anales de Bolivia, obra propia suya y esclusiva, como le consta á U., que en aquella feliz época mereció su amistad y compañia.

Igualmente honrado yo con su amistad, puedo dar un testimonio clásico de su filantropia, desinteres, circunspeccion y cultura de modales, que le granjearon las simpatias entre todas las clases de la sociedad, que le respetaban y amaban como fundador de su patria y digno por todos títulos de rejirla.

Con respecto á su administracion pública, puede U. dirijirse á todos los Bolivianos, inclusos sus enemigos, si haberlos puede, y todos dirán conmigo: que no han conocido todavia un Gobierno mas liberal, conciliador, tolerante y progresivo, ni que haya hecho menos ostentacion del poder y prestijio que justamente se merecia.

En el manejo de los intereses fiscales, nada puede decirse por exajerado que parezca, que no sea muy inferior á la verdad; no solo era la pureza personificada, sino que perseguía de muerte cualquiera falta de confianza, allí donde se encontraba. Por prueba de este desinteres, basta decir á U., que al

separarse de Bolivia, tuvo que pedir prestadas unas cuantas onzas para su viaje. ¡Esto es muy notable, y hasta ahora sin ejemplo!

Mucho podria añadir, sin faltar á la verdad y justicia en loor de este ilustre Americano; pero sus hechos están ya consignados en la historia y todos sus contemporeaneos los conocemos. Sirvan pues estas líneas de holocausto á la tumba del mas culto y eminente campeon de la libertad Americana en el dia de hoy en que recordamos su aniversario.

Quiera U. aceptar los sentimientos de estimacion y aprecio, con que se suscribe su afectísimo amigo y S. S. Q. B. S. M.—*José Ballivian.*

Señor Dr. D. José Manuel Loza, Encargado de Negocios de Bolivia cerca del Gobierno del Perú.

Lima á 14 de Junio de 1850.

Muy estimado señor y amigo.

Con motivo de la «Revista» que inserta el periódico «Comercio» de esta capital, que tengo el honor de pasar á manos de U., en la que se trata de deprimir el mérito reconocido del malogrado Gran Mariscal de Ayacucho, he creido de mi deber desvanecer la falsedad con que se ha pretendido tildar su reputacion, defraudandole el puesto culminante que entre los sud-americanos conquistó con su valor y servicios en los campos de batalla, con sus felices concepciones en el bufete, con sus elevadas miras en el Gabinete, y últimamente por su cultura, y acrisolada honradez en la sociedad. Bolivia fué el teatro escojido y feliz, en que despues de concluida la guerra de nuestra Independencia, pudo manifestar las variadas capacidades que abrigaba en su ca-

beza, y las bellas cualidades que adornaban su corazon y embellecian su entendimiento. Jóvenes fuimos U. y yo entonces, y ambos disfrutamos de esos dias brillantes, en que el jénio del Jeneral Sucre sacando á Bolivia del caos, le dió ser, respetabilidad y nombradia en el mundo político, apoyado por el entusiasmo, los esfuerzos y cordial adhesion de sus hijos.—Contrayendome á mi propósito, exijo de U. en obsequio de la memoria de nuestro precitado amigo, que franca, leal y categóricamente dé respuesta á las preguntas siguientes:

1a. ¿Cual fué la conducta militar que observó el Jeneral en Jefe vencedor de Ayacucho, al patrocinar con el Ejército Unido Libertador el grito espontâneo de libertad, que dieron los pueblos del Alto Perú, cuando en 1826 desbarataron las tropas Españolas del Jeneral Olañeta, vencido y muerto en Catagaita por los jefes Bolivianos Medinaceli y Lopez?

2a. Cuando se reunió el primer Congreso constituyente en la Paz, ¿se injirió de manora alguna el Jeneral Sucre en las deliberaciones, ó deliberó esa augusta corporacion en plena libertad, proclamando la soberania é independencia de su Patria?

3a. ¿Electo el Jeneral Sucre Presidente Constitucional de la República, que se dió el nombre de Bolivia, fué ó no estricto observador de las leyes fundamentales del pais, y el custodio mas celoso de sus libertades y honor nacionales?

4a. ¿Ha llegado á noticia de U., que el Jeneral Sucre quebrantára con conocimiento los preceptos legales, ni permitiese que los quebrantasen los ajentes de su administracion, durante el tiempo que gobernó á Bolivia?

5a. ¿Disfrutó ó no la patria de U. de per-

fecta libertad civil, política y relijiosa en aquel periodo de civismo y tolerancia?

6a. ¿Defendió el Jeneral Sucre con su sangre y su influjo moral los derechos de los Bolivianos, cuando fueron conculcados por la intervencion extranjera, hasta el punto de vengar los ultrajes hechos á Bolivia sosteniendo la independencia de la República, y el respeto debido á sus instituciones en los tratados de Tarqui en 1829?

7a. Piensa U. que en Bolivia haya alguien que deje de acatar con respeto y amor el recuerdo del Jeneral Sucre?

8a. Moléstese U. en detallar finalmente, el comportamiento privado observado por el Jeneral Sucre en Bolivia, ya en su trato social, por sus maneras, por sus variados conocimientos y dulce afabilidad en el comercio de la vida, por su laboriosidad en el trabajo y su caracter franco y jovial.

¿Quién nos habia de decir, querido Dr., que á los veinte años del alevoso asesinato de Berruecos seriamos nosotros los que en el Perú, teatro de su gloria militar mas esplendente, no lejos de ese mismo Ayacucho en donde selló la independencia de la América del Sur, tuviéramos que salir á la defensa del ilustre Fundador de Bolivia, de ese hijo predilecto de la fortuna, del hombre público mas inmaculado que presenta la América del Sud? Si bien prueba esto que el corazon de los hombres es susceptible de todo lo malo; para honor de nuestra especie, U. como Representante de la Nacion Boliviana, y yo como intérprete de los sentimientos de mis compatriotas, manifestemos al mundo entero, que por gratitud tributamos un homenaje de justicia y de amor á la memoria del glorioso mártir de Berruecos. Rechacemos con indignacion los golpes inmerecidos que la falacia y brutal ig-

norancia han disparado contra la inocencia y la virtud.

Suplico á U. tenga la bondad de estender su respuesta á continuacion, y de admitir los sentimientos de perfecta amistad, con que me suscribo su apasionado y obediente servidor, Q. B. S. M.

Domingo de Alcalá.

Señor D. Domingo de Alcalá.

Lima, Junio 24 de 1850.

Señor y amigo.

Hé recibido la apreciable carta de U. del 14 del presente mes, y la inefable satisfaccion que en ella me proporciona de tributar mi homenaje de admiracion y amor, de gratitud y justicia, á la memoria inmortal del Gran Mariscal de Ayacucho, Fundador de Bolivia, y su primer Presidente Constitucional. En la expresion de estos sentimientos, y de algunos hechos, cuyo conocimiento ha podido facilitarme mi vida pública, aun que en escala subalterna, durante aquella administracion, no es mi ánimo, Señor Alcalá, ni refutar ni apreciar como injuria ese libre ó apasionado pensamiento, inserto en la "Revista del Comercio.» Una ironía, una equivocacion, y aun la misma calumnia, es un grito fugáz, una nube pasajera, incapáz de oscurecer el brillo de la gloria que circunda á los varones excelsos como Sucre, y que viven imperturbables en el dominio de la história y de la fama. Pero cuando ese pensamiento importase una injuria, ésta es útil y benéfica á nuestro propósito, desde que á U. le impone el grato deber de revindicar el honor y derechos de

su tió, y á mí la complacencia de recordar honrosamente al hombre querido de los pueblos, al filósofo guerrero, que marcó una época entre los del mundo civilizado con el complemento de la emancipacion Americana en Ayacucho.

Ojalá pueda responder de un modo algo circunstanciado á las interrogaciones de U., en el mismo órden gradual con que me las dirije; pues mi temprana edad no me permitió, sin duda, penetrar entonces en los altos fines y designios de la ilustrada política del Jeneral Sucre, para que este informe pudiera ser completo y satisfactorio.

Cuando en el mes de Enero de 1825 se encaminaba el Jeneral Sucre con una division del Ejército Libertador desde Puno á la ciudad de la Paz, fué todo su conato economizar sangre americana, enviando un parlamento anté el Jeneral Olañeta, que con una fuerte columna seguía oprimiendo los pueblos que pisaba. No accediendo éste á las capitulaciones ofrecidas, se condujo hasta Tumuzla, en Potosí, donde fué vencido y muerto por la division Alto-Peruana al mando del coronel Medinaceli. Luego que el Jeneral Sucre entró en la ciudad de la Paz, y respetando la libertad de esos pueblos, los primeros en proclamar la independencia, expidió, en 9 de Febrero del mismo año, un decreto por el que convocaba una Asamblea deliberante, que reunida en Chuquisaca, deliberase sobre la futura suerte política de las provincias del Alto-Perú. En esa Asamblea, donde bajo los auspicios del Jeneral Sucre, reinó la mas completa libertad del pensamiento y de la palabra, y donde debia resolverse el problema propuesto, sobre si tales provincias se incorporarian en la República Arjentina, en la Peruana, ó si formarian un Estado independiente, ningun voto favoreció el pri-

mer pensamiento, tres Diputados sufragaron por la segunda parte, y casi por unanimidad se proclamó la Independencia y soberanía del pais, con el nombre de Bolivia, y bajo la direccion de sus Libertadores. Desde los primeros dias de su administracion discrecional, el Jeneral Sucre confió la eleccion de todos los empleados á juntas calificadoras de vecinos, conciliando asi el buen servicio público con el contento de los pueblos y los principios de la democracia. Regularizar la Hacienda pública, abandonada á los abusos y depredaciones del sistema colonial; organizar la Administracion de justicia, y multiplicar sus funcionarios en todas las provincias del Estado, ya que por tener y conseguir justicia, se habia combatido en cien campos de batalla; instituir escuelas primarias y colejios de instruccion en todos los departamentos, cuando no existian otros que los de Chuquisaca; garantizar con disposiciones tutelares los derechos y deberes de esa compasible raza indijenal, cautiva de la conquista, y vietima de la guerra de quince años; pacificar el departamento de Santa-Cruz, aun sojuzgado por el feroz Aguilera, conservar y defender las fronteras confinantes con el Brasil y algunas tribus bárbaras; reconciliar á los habitantes entre sí, y hacerles deponer esos crueles rencores que habia fomentado la guerra de la revolucion para formar una Patria y ejercer un Gobierno Nacioual; fueron los actos mas notables de esa administracion, que con virtud, lealtad y constancia, estableció los fundamentos de la nacionalidad Boliviana.

Tuve el honor de ser uno de los diputados del Congreso Constituyente reunido en 25 de Mayo de 1826, ante el cual, el Jeneral Sucre depuso el mando supremo, del que fué otra vez encargado pro-

visionalmente; de ese Congreso, modelo, en los fastos parlamentarios de Bolivia, por la absoluta libertad de los lejisladores, que garantía y aun fomentaba esa administracion filosófica; por la magnitud y trascendencia de grandes y útiles reformas sociales, por su larga duracion noblemente sostenida, por la dignidad, la elocuencia y el patriotismo de sus miembros: de ese Congreso en que un docto Ministerio inició proyectos sobre crédito público y bancos, sobre organizacion del Ejército, creacion del Instituto Nacional, codificacion y alianzas con las repúblicas de Colombia y del Perú, y donde ese mismo Ministerio, no obtenia la palma del triunfo, sino por los esfuerzos de la oratoria ó por la utilidad conspicua de sus indicaciones; de ese Congreso, en que el proyecto de Constitucion, presentado por el Libertador, fué libremente debatido y reformado, á pesar de los deseos é instrucciones del *Padre* de la *Patria* por la íntegra adopcion de su pensamiento, y donde el artículo sobre presidencia vitalicia fué ardientemente discutido en cuatro largas sesiones, y aprobado solemnemente con seis ú ocho votos en contra, sin embargo de que podia afectar personalmente las susceptibilidades del Gran Mariscal de Ayacucho, ya invocado por los pueblos para ser el Presidente Constitucional, como llegó á serlo por el sufrajio uniforme de todas las Juntas Electorales; de ese Congreso, ultimamente, ante quien el modesto Sucre, no quiso aceptar el mando supremo, despues de mútuas y repetidas interpelaciones, sino con la condicion de ser admitida su renuncia por el primer Congreso Constitucional. Tal fué la libertad del Constituyente, que un cuerpo lejislativo posterior, deseando colocar dignamente el busto del Gran Mariscal en la sala de sus sesiones,

acordó situarle sobre la tribuna de los oradores, para recordar al «*Fundador* y Protector de la tribuna Boliviana.»

Con motivo de satisfacer á los puntos 3º., 4º. y 5º. de la carta de U. sobre la conducta administrativa del Gran Mariscal, recuerdo que entre otras razones justificativas de la renuncia de la majistratura vitalicia, adujo estas palabras: «como puro soldado, me creo sin aptitudes para gobernar.... mi corazon y mi sangre corresponden á Colombia.» A pesar, pues, de esta franca y modesta confesion, él fué quien, en los momentos de la delicada reorganizacion del pais, evitó sagáz y diestramente una ruptura nacional con el Imperio del Brasil y la República Arjentina, por causas que no es oportuno referir: él hizo amables «libertad, órden y patria,» con el ejemplo de su veneracion santa á las leyes, con el respeto á los hombres y á sus derechos. Para lograr el acierto en la distribucion de los destínos públicos, rogó al Congreso Constituyente le permitiese emplear á sus miembros, como á los mas beneméritos, desde que habian obtenido la confianza de su pueblo respectivo para constituir la Nacion. Durante su administracion de mas de dos años, la Hacienda pública duplicó sus rentas, mediante una severa economía, y sin el mayor gravámen de los Bolivianos; arregló el mejor servicio y dotacion de las Catedrales y del culto, y los párrocos hubieran sido asistidos por el Fisco con supresion de diezmos y aranceles opresivos, si las preocupaciones no le hubieran opuesto un valladar invencible que amenazaba con la revolucion: idólatra de la independencia del Poder Judicial, no intervino en las sentencias de los Tribunales, sino para salvar del cadalso victimas condenadas por la ley, en uso de sus atribuciones de clemencia, siendo cierto lo que

dijo en su último Mensaje: «Ninguna viuda, ningun huerfano solloza por mi causa.» Habitando sin guardias apostadas en su Palacio, y expuesto alguna vez al puñal del asesino, paseando y visitando francamente con un Edecan, ó con un amigo, sin el menor aparato del *Poder*, era un republicano, un demócrata por excelencia: modernas virtudes cívicas, entónces desconocidas ó amargamente censuradas por las fuertes impresiones de la educacion colonial; sorprendiendo en cualquiera hora del dia los colejios, escuelas, hospitales y otros establecimientos públicos para informarse de su estado y servicio. A cada instante ofrecia el Gran Mariscal el tierno y sublime espectáculo de un padre cariñoso y dilijente en el seno de su familia. Su *sangre* pudo corresponder á *Colombia*; pero su corazon estaba asiduamente consagrado al bien y ventura de los Bolivianos.

Su profundo y casi fanático acatamiento á las instituciones, á las garantías públicas y privadas, le retrajo de sofocar oportunamente esa conjuracion revolucionaria que estalló en Chuquisaca en 18 de Abril de 1828; y que lo expuso á morir; pero la mision del Vencedor de Ayacucho era el Apostolado de la Libertad; y debió ser un mártir inmolado en las aras de esa misma libertad, de la que habia sido su apasionado paladin en los campos de la gloria, y su gran sacerdote en la patria del nombre de Bolivar.

Cuál haya sido su decision y entusiasmo por la existencia política de Bolivia, solemnemente lo testifican algunos artículos del Convenio de Jiron, celebrado en 1829, y el vehemente ruego que en su último Mensaje de 1828 dirijió al Congreso de Chuquisaca, exponiendo que si alguna recom-

pensa «merecian sus servicios, no se destruyese la »obra de su creacion, y se conservase por entre todos los peligros la independencia de la República.»

La memoria de Sucre en Bolivia, es una pasion nacional, é infunde un sentimiento casi relijioso. El estadista, el lejislador, el majistrado, el guerrero, evocan su nombre y sus hechos, ó creyendo encontrar el acierto en sus deliberaciones, ó queriendo exhibir para la imitacion virtudes de honor, justicia y patriotismo. No era una ley de orgullo y lujo nacional la dictada por el deseo de trasladar sus restos mortales á la tierra que libertó con su espada, fundó y organizo con su capacidad eminentemente filosófica, sino que fué inspirada por un hondo sentimiento de gratitud y de tierna predileccion á *Sucre*, cuyo nombre embellece é inmortaliza la ciudad capital de Bolivia.

Me interroga U. finalmente, sobre algunas circunstancias especiales del comportamiento público y social del Jeneral Sucre, y debo asegurarle por mis observaciones fijadas prolijamente sobre el hombre que habia llenado el mundo con su fama, que era franco, modesto y afable en el trato familiar; laborioso en el gabinete, exacto en el raciocinio, elocuente en la palabra; su educacion y finas maneras sociales correspondian á la edad caballerosa de los Boyardos.

Si estos informes aun no bastasen á satisfacer la virtuosa inquietud de U., por honrar el nombre de su tio ilustre, me permito enviarle para completarlos, *una memoria* que habia trabajado en su obsequio, y publicadola en uno de los periódicos de la Paz de Ayacucho el dia 13 de Junio de 1846.

Aprovecho esta ocasion para repetir á U.

los sentimientos de singular estimacion, con que me suscribo de U. buen amigo y atento S. S.—

José Manuel Losa.

Rara vez podrà presentarse una documentacion mas clara y triunfante que la precedente. Grandes Mariscales, Jenerales y Coroneles, los Jefes hoy mas distinguidos del Ejército del Perú, que en la flor de su juventud, en esa dichosa edad de ilusiones y de entusiasmo, acompañaron al Jeneral Sucre en la campaña de Ayacucho, sienten orgullo y satisfaccion, en testificar al cabo de los veinte y seis años, que el glorioso timbre de Gran Mariscal de Ayacucho, pertenece al Jeneral en Jefe del Ejército Unido Libertador D. Antonio José de Sucre, quien supo conquistarlo con su *cabeza y corazon* en 9 de Diciembre de 1824.

El Consejero de Estado Dr. Carpio, fogoso atleta de la Libertad Américana, el Presidente de la Excma. Corte Suprema Dr Laso, eminente por su pronunciado patriotismo, dan testimonio de las virtudes y extensas capacidades del Héroe de Ayacucho. Los señores Ballivian y Losa, dos notabilidades Bolivianas que se hallan aqui accidentalmente, con gratitud é hidalguía se han apresurado á sostener la merecida fama del Fundador de su Patria, haciendo justicia á su mérito, consignando los hechos históricos que afianzan el apoteósis de Sucre en la República Boliviana. Es cosa bien singular, que ningun historiador, ni Américano ni Europeo, haya hasta ahora podido poner un solo tilde al caracter público y privado del Gran Mariscal de Ayacucho; lo que ciertamente prueba que fué buen Majistrado y mejor ciudadano.

Cuidadosamente he evitado el ocurrir al testimonio de ninguno de los compatriotas del Ilustre Capitan que existen en Lima; pero me atrevo á tomar sobre mi responsabilidad el decir, que Venezuela, Nueva-Granada y Ecuador, *á porfia* lloran su pérdida, y reclaman por suyas las glorias del modesto caudillo Colombiano, á quien puede aplicarse el mote del célebre Bayard, *Le chevalier sans peur et sans tâche.* La heroica Colombia, indignada de sobrevivir á su tan envidiable campeon, murió con Sucre: el Libertador de la América del Sur, cuya alma diamantina resistió todos los embates de la revolucion, imitando á Cesar al verse herido por el puñal de Bruto, dejó caer amilanada su altiva cabeza, al saber el alevoso asesinato de su Teniente favoríto, y sucumbió á los rigores de tan duro pesar, de tan insigne ingratitud. Las virtudes de Sucre fueron sepultadas junto con los grandes hechos de su patria.

En conclusion, manifestaré el profundo reconocimiento que tributo á los Señores que se han dignado corresponderme con su importante testimonio, con el cual he logrado fijar irrevocablemente *un hecho* remarcable en la história de la América del Sur; y á la vez, me ha proporcionado el placer de advertir á nuestros compatriotas, que si el Gran Mariscal de Ayacucho fué excelso por sus hazañas militares, fué notoriamente mucho mas *grande* por sus *virtudes cívicas*, por sus talentos Administrativos; y es ciertamente *inmortal* por haber sido siempre fiel á la *Libertad* y á la causa de los *pueblos*. *Republicano* por temperamento, y *demócrata* por principios, la América y las instituciones liberales eran el ídolo de su corazon— formaron su culto.

Soy, Señores Editores, con la mas alta consideracion de UU. muy obsecuente y atento servidor Q. B. S. M.

Domingo de Alcalá.

=

NOTAS.

1ª. El Libertador cuyo tacto y ojo eran remarcables, escojió á Sucre â la edad de 28 años, siendo solamente Jeneral de Brigada, para mandar en Jefe el Ejército vencedor en Pichincha y despues en Ayacucho, entre los Capitanes Jenerales, el bravo Paez, el impetuoso Bermudez, el brillante Rafael Urdaneta, el astuto Arismendi, el gallardo Mariño, y los Jenerales de Division, el discreto Sublette, el bizarro Montilla, el culto Santander, el constante Salom, el osado Valdez, el valiente Monágas, y otros aguerridos hijos de Colombia. ¿No prueba ésto la alta idea que tuviera Bolivar de Sucre?

2ª. Si no me equivoco, el Comandante D. Ramon Castilla, hoy Gran Mariscal y Presidente de la República Peruana, presenció la batalla de Junin con la Infanteria del Ejército; y en la jornada de Ayacucho, siendo Ayudante del Estado Mayor Jeneral, se comportó lucidamente, sacando una herida de bala, que forma su mas bello título de honor y valentía. Ex profeso, he dejado de ocurrir al testimonio de este jefe, que ciertamente es de excepcion, para que pueda el «Revistador.» en caso de duda, referirse á tan alta evidencia, para el esclarecimiento de los hechos aducidos

PARTE OFICIAL DE LA JORNADA DE AYACUCHO.

—

Ejército Unido Libertador—Cuartel Jeneral en Ayacucho, a 11 de Diciembre de 1824.

Al señor Ministro de la Guerra.

Señor Ministro.

Las tres divisiones del ejército quedaron desde el 14 al 19 de Noviembre situadas en Talavera, San Gerónimo y Andaguailas, mientras los enemigos continuaban sus movimientos sobre nuestra derecha. Por la noche del 18, supe que el mayor número de los cuerpos enemigos se *dirijia* á Huamanga, y dispuse que el Ejército marchase para buscarlos. El 19, nuestras partidas se batieron en el puente de Pampas con un cuerpo enemigo, y el 20 al llegar á Uripa, se divisaron tropas españolas en las alturas de Bombon. Una compañia de Húsares de Colombia, y la primera de Rifles con el señor Coronel Silva, se destinaron á reconocer estas fuerzas, que constando de tres compañias de cazadores, fueron desalojadas, y obligadas á repasar el rio de Pampas, donde se encontró á todo el ejército real, que habia cortado perfecta y completamente nuestras comunicaciones, situándose á la espalda.

Siendo dificil pasar el rio, é imposible forzar las posiciones enemigas, nuestro ejercito quedó en Uripa, y los españoles en Concepcion, estando á la vista. El 21, 22 y 23 el encuentro de las descubiertas nos fué siempre ventajoso. El 24 los enemigos levantaron su campo en marcha hácia Vilcas Huaman, y nuestro ejército vino á situarse

sobre las alturas de Bombon hasta el 30 que sabiendose que los enemigos venian por la noche á la derecha de Pampas por Uchubambas á flanquear nuestras posiciones, me trasladé á la izquierda del rio para cubrir nuestra retaguardia.

Los españoles, al sentir este movimiento, repasaron rápidamente la izquierda del Pampas; pero nuestros cuerpos acababan de llegar á Matará en la mañana del 2 cuando el ejército español se avistó sobre las alturas. Aunque nuestra posicion era mala, presentamos la batalla; pero, fué escusada por el enemigo, situandose en unas breñas no solo inatacables sino inaccesibles: el 3 el enemigo hizo un movimiento indicando el combate, y se le presentó la batalla, pero dirijiendose sobre las inmensas alturas de la derecha, amenazaba tomar nuestra retaguardia. Antes habia sido indiferente al ejército dejar al enemigo nuestra espalda; pero la posicion de Matará, despues de ser mala, carecia de recursos, y era por tanto necesario seguir la retirada á Tambo Cangallo. Nuestra marcha se rompió muy oportunamente para salvar la dificil quebrada de Corpaguaico antes que llegase el cuerpo del ejército enemigo; mas éste habia adelantado desde muy de mañana y encubiertamente cinco batallones, y cuatro escuadrones á ponerse en este paso impenetrable. Nuestra infanteria de vanguardia con el señor jeneral Córdova, y la del centro con el señor jeneral Lamar habian pasado la quebrada, cuando esta fuerza enemiga cayó bruscamente sobre los batallones *Várgas*, *Vencedor* y *Rifles*, que cubrian la retaguardia con el señor jeneral Lara; pero los dos primeros pudieron cargarse á la derecha sirviendose de sus armas para abrirse paso, y *Rifles* en una posicion tan desventajosa tuvo que sufrir los fuegos de la artilleria, y

el choque de todas las fuerzas: mas, desplegando la serenidad, é intrepidéz que ha distinguido siempre á este cuerpo, pudo salvarse. Nuestra caballeria bajo el señor jeneral Miller pasó por Chonta protejida por los fuegos de *Várgas*, aunque siempre muy molestada por la infanteria enemiga. Este desgraciado encuentro costó al ejército Libertador mas de 300 hombres, todo nuestro parque que fué enteramente perdido, y una de nuestras dos piezas de artilleria; pero él es el que ha valido al Perú su libertad.

El 4 los enemigos engreidos de su ventaja destacaron cinco batallones y seis escuadrones por las alturas de la izquierda á descabezar la quebrada, mostrando querer combatir: la barranca de la quebrada de Corpaguaicò permitia una fuerte defensa; pero el ejército deseaba á cualquiera riesgo aventurar la batalla. Abandonándoles la barranca, me situé en medio de la gran llanura de Tambo Cangallo. Los españoles al subir la barranca, marcharon velozmente á los cerros enormes de nuestra derecha, evitando todo encuentro, y esta operacion fué un testimonio evidente de que ellos querian maniobrar y no combatir: este sistema era el único que yo temia, porque los españoles se servian de él con ventaja, conociendo que el valor de sus tropas estaba en los pies, mientras el de las nuestras se hallaba en el corazon.

Crei pues necesario, obrar sobre esta persuasion, y en la noche del 4 marchó el ejército al pueblo de Guaichao, pasando la quebrada de Acoero, y cambiando asi nuestra direccion. El 5 en la tarde se continuó la marcha à Aco Vinchos, y los enemigos á Tambillo, hallandonos siempre á la vista. El 6 estuvimos en el pueblo de Quinua; los españoles por una fuerte marcha á la izquierda, se

colocaron á nuestra espalda en las formidables alturas de Pacaicasa: ellos siguieron el 7 por la impenetrable quebrada de Huamanguilla, y al dia siguiente, á los elevados cerros de nuestra derecha, mientras nosotros estabamos en reposo; el 8 en la tarde quedaron situados en las alturas del Cundurcunca á tiro de cañon de nuestro campo; algunas guerrillas que bajaron, se batieron esa tarde y la artilleria usó sus fuegos.

La aurora del dia 9 vió estos dos ejércitos disponerse para decidir los destinos de una nacion. Nuestra línea formaba un ángulo, la derecha, compuesta de los batallones Bogotá, Voltigeros, Pichincha y Caracas, al mando del señor jeneral Córdova: la izquierda de los batallones 1.°, 2.°, 3.° y Legion Peruana, bajo el ilustrísimo señor jeneral La-Mar; el centro los granaderos y húsares de Colombia con el señor jeneral Miller; y en reserva, los batallones Rifles, Vencedor y Vargas, al mando del señor jeneral Lara. Al reconocer los cuerpos, recordando á cada uno sus triunfos, sus glorias, su honor y patria, los vivas al Libertador, y á la república resonaban por todas partes. Jamás el entusiasmo se mostró con mas orgullo en la frente de los guerreros. Los españoles á su vez, dominando perfectamente la pequeña llanura de Ayacucho, y con fuerzas casi dobles, creian cierta su victoria. Nuestra posicion, aunque dominada, tenia seguros sus flancos por unas barrancas, y por su frente, no podia obrar la caballeria enemiga de un modo uniforme y completo. La mayor parte de la mañana, fué empleada solo con fuego de artilleria, y de los cazadores: á las diez del dia, los enemigos situaban al pié de la altura cinco piezas de batalla, arreglando tambien sus masas, al tiempo que estaba yo revisando la línea de nuestros ti-

radores. Dí á estos la órden de forzar la posicion en que colocaban la artilleria, y fué ya la señal del combate.

Los españoles bajaron velozmente sus columnas, pasando á las quebradas de nuestra izquierda los batallones Cantabria, Centro, Castro, 1.° Imperial, y dos escuadrones de Húsares, con una bateria de seis piezas, forzando demasiadamente su ataque por esa parte. Sobre el centro, formaban los batallones Burgos, Infante, Victoria, Guias y 2.° del primer rejimiento, apoyando la izquierda de éste, con los tres escuadrones de la Union: el de San Cárlos, los cuatro de los granaderos de la guardia, y las cinco piezas de artilleria ya situadas, y en la altura de nuestra izquierda, los batallones 1.° y 2.° de Jerona, 2.° Imperial, 1.° del primer rejimiento, el de Fernandinos, y el escuadron de alabarderos del virey.

Observando que aun las masas del centro no estaban en órden, y que el ataque de la izquierda se hallaba demasiado comprometido, mandé al señor jeneral Córdova que lo cargase rápidamente con sus columnas, protejido por la caballeria del señor jeneral Miller, reforzando á un tiempo al señor jeneral Lamar con el batallon Vencedor, y sucesivamente con Várgas. Rifles quedaba en reserva para rehacer el combate donde fuera menester, y el señor jeneral Lara recorria sus cuerpos en todas partes. Nuestra masa de la derecha, marchó arma á discrecion, hasta cien pasos de las columnas enemigas, en que, cargadas por ocho escuadrones españoles, rompieron el fuego: rechazarlos y despedazarlos con nuestra soberbia caballeria, fué un momento. La infanteria continuó inalterablemente su carga, y todo plegó á su frente.

Entre tanto, los enemigos, penetrando por

nuestra izquierda, amenazaban la derecha del señor jeneral Lamar, y se interponian entre éste y el señor jeneral Córdova, con dos batallones en masa; pero llegando en oportunidad Várgas al frente, y ejecutando bizarramente los Húsares de Junin la órden de cargar por los flancos de estos batallones, quedaron disueltos. Vencedor y los batallones 1.°, 2.° 3.° y Lejion Peruana, marcharon audazmente sobre los otros cuerpos de la derecha enemiga, que reuniendose tras las barrancas, preseutaban nuevas resistencias; pero reunidas las fuerzas de nuestra izquierda, y precipitadas á la carga, la derrota fué *completa y absoluta.*

El señor jeneral Córdova, trepada con sus cuerpos la formidable altura de Cundurcunca, donde se tomó prisionero al virey Laserna: el señor jeneral Lamar salvaba en la persecucion las dificiles quebradas de su flanco, y el señor jeneral Lara, marchando por el centro, aseguraba el suceso. Los cuerpos del señor jeneral Cordova, fatigados del ataque, tuvieron la órden de retirarse, y fué sucedido por el señor jeneral Lara, que debia reunirse en la persecucion al señor jeneral Lamar en los altos de Tambo. Nuestros despojos eran ya mas de mil prisioneros, entre ellos 60 jefes y oficiales, 14 piezas de artilleria, 2,500 fusiles, muchos otros artículos de guerra, y perseguidos y cortados los enemigos en todas direcciones; cuando el jeneral Canterac comandante en jefe del ejército español, acompañado del jeneral La-Mar, se me presentó á pedir una capitulacion. Aunque la posicion del enemigo podia reducirlo á una entrega discrecional, crei digno de la jenerosidad Americana, conceder algunos honores á los rendidos que vencieron 14 años en el Perú, y la estipulacion fué ajustada sobre el campo de batalla en los términos que verá

US. por el tratado adjunto: por el se han entregado todos los restos del ejército Español, todo el territorio del Perú ocupado por sus armas, todas las guarniciones, los parques, almacenes militares, y la plaza del Callao con sus existencias.

Se hallan por consecuencia en este momento en poder del ejercito Libertador, los tenientes jenerales Laserna y Canterac, los mariscales Valdez, Carratalá, Monet y Villalobos, los jenerales de brigada Bedoya, Ferraz, Camba, Somocursio, Cacho, Atero, Landazuri, Vijil, Pardo y Tur, con 16 coroneles, 68 tenientes coroneles, 484 mayores y oficiales; mas de 2,000 prisioneros de tropa: inmensa cantidad de fusiles, todas las cajas de guerra, municiones, y cuantos elementos militares poseian; 1,800 cadáveres, y 700 heridos, han sido en la batalla de Ayacucho, las víctimas de la obstinacion, y de la temeridad Española. Nuestra perdida es de 370 muertos y 609 heridos, entre los primeros, el mayor Duxbury de Rifles, el capitan Urquiola de Húsares de Colombia, los tenientes Oliva, de Granaderos de Colombia, Colmenares y Ramirez de Rifles, Bonilla de Bogotá, Sevilla de Vencedor, y Prieto y Ramonet de Pichincha: entre los segundos, el bravo coronel Silva de Húsares de Colombia, que recibió tres lanzasos cargando con extraordinaria audacia á la cabeza de su rejimiento: el coronel Luque que al frente del batallon *Vencedor*, entró á las filas españolas, el comandante Leon del batallon *Caracas*, que con su cuerpo marchó sobre una bateria enemiga: el comandante Blanco del 2.° de Húsares de *Junin*, que se distinguió particularmente: el señor coronel Leal contuso, que á la cabeza de Pichincha, no solo resistió las columnas de caballeria enemiga, sino que las cargó con su cuerpo: el mayor Torres de *Vol-*

tijeros, y el mayor Sornosa de *Bogotá*, cuyos batallones conducidos por sus comandantes Guas y Galindo, trabajaron con extraordinaria audacia: los capitanes, Gímenes, Coquis, Dorronzoro, Brown, Gil, Córdova y Ureña: los tenientes Infantes, Silva, Suarez, Vallarino, Otarola, French: los subtenientes Galindo, Chabur, Rodriguez, Malave, Jeral, Perez, Calles Marquina, y Paredes de la 2ª. division de Colombia: los capitanes Landaeta, Troyano, Alcalá, Dorronsoro, Granados y Miro: los tenientes Pazaja y Ariscum, y el subteniente Sabino de la 1ª. division de Colombia: los tenientes Otarola, Suarez, Ornas, Posadas, Miranda y Montoya: los subtenientes Isa y Alvarado de la division del Perú: los tenientes coroneles Castilla y Jerardino, y tenientes Moreno, Piedrahita del E. M. Estos oficiales son muy dignos de una distincion singular.

El batallon Várgas, conducido por su denodado comandante Moran, ha trabajado bizarramente; la Lejion Peruana con su coronel Plaza, sostuvo con gallardia su reputacion: los batallones 2.° y 3.° del Perú con sus comandantes Gonzalez y Benavides, mantuvieron firmes sus puestos contra bruscos ataques: los cazadores del número 1.°, se singularizaron en la pelea, mientras el cuerpo estaba en reserva. Los Húsares de Junin, conducidos por su comandante Suarez, recordaron su nombre para brillar con un valor especial; los Granaderos de Colombia, destrozaron en una carga el famoso rejimiento de la Guardia del Virey. El batallon *Rifles* no entró en combate: escojido para reparar cualquiera desgracia, recorria los lugares mas urjentes, y su coronel Sandez los invitaba á vengar la traicion con que fué atacado en Corpaguaico. Todos los cuerpos en fin, han llenado su deber cuanto podia desearse.

Con satisfaccion cumplo el agradable deber de recomendar á la consideracion del Libertador, á la gratitud del Perú, y al respeto de todos los valientes de la tierra, la serenidad con que el señor jeneral Lamar ha rechazado todos los ataques á su flanco y aprovechado el instante de decidir la derrota: la bravura con que el señor jeneral Córdova condujo sus cuerpos, y desbarató en un momento el centro y la izquierda enemiga: la infatigable actividad con que el señor jeneral Lara atendia con su reserva á todas partes, y la vijilancia y oportunidad del señor jeneral Miller para las cargas de la caballeria.

Como el ejército todo ha combatido con una resolucion igual al peso de los intereses que tenia á su cargo, es dificil hacer una relacion de los que mas han brillado: pero he prevenido al señor jeneral Gamarra, Jefe de E. M. J., que pase á US. orijinales las noticias enviadas por los cuerpos. Ninguna recomendacion es bastante para significar el mérito de estos bravos.

Segun los estados tomados al enemigo, su fuerza disponible en esta jornada, era de 9,310 hombres, mientras el Ejército Libertador formaba 5,780. Los españoles no han sabido qué admirar mas, si la intrepidéz de nuestras tropas en la batalla, ó la sangre fria, la constancia, el órden, y el entusiasmo en la retirada, desde las inmediaciones del Cuzco hasta Huamanga, al frente siempre del enemigo, corriendo una extension de 80 leguas, y presentando frecuentes combates.

La campaña del Perú está terminada: su independencia y la paz de América se han firmado en este campo de batalla. El Ejército Unido cree que sus trofeos en la victoria de Ayacucho, sean

una oferta digna de la aceptacion del Libertador de Colombia.

Dios guarde á US.

ANTONIO JOSÉ DE SUCRE.

PARTE DE LA BATALLA DE AYACUCHO.

NÚMERO DE COMBATIENTES.

3ª.	Colombianos	4,500
	Peruanos	1,200
	Arjentinos	80
	Son	5,780

Muertos.

Colombianos—Jefes y oficiales 9

Heridos.

Peruanos....—Jefes y oficiales .. 10

Colombianos—Idem idem.... 40

(Extracto de las Memorias de Miller pájinas 177 178 tomo 2.º)

4ª. EL amigo mas apasionado del Jeneral La-Mar no podria hacer un elojio mas distinguido de su comportamiento, y me consta que el sagaz Jeneral Sucre tenia interes y empeño en realzar las cualidades de su compatriota el Jeneral La-Mar, aparte de su mérito personal, por atencion á la escarapela Peruana que investia, convencido que mas tarde este jefe seria llamado á figurar en el Perú. Sucre era algo mezquino para aplaudir á sus compatriotas que llevaban su propia cucarda; pues habla sencillamente del comportamiento del gallardo Jeneral Córdova en Ayacucho, quien segun el

Jeneral Miller «mereció la admiracion jeneral en ese dia;» no porque Sucre aplaudiera menos que otro la conducta de Córdova, á quien queria en extremo, sino porque era avaro en sus elojios para los que cumplian con los deberes de su puesto.

5ª. Nadie en Lima ignora el pasaje del año de 1827 sucedido en Palacio en la inauguracion del Jeneral La-Mar en la Presidencia constitucional de la República. D. Manuel Lorenzo Vidaurre, Presidente entonces de la Corte Suprema, al arengar á S. E. dejóse llevar por ese vehemente ardor, tan característico en Vidaurre, como le fuera su jenial inconstancia, y le saludó como vencedor de Ayacucho. El ciertamente modesto La-Mar se enardeció á su vez, y al contestar, dijo poco mas ó menos. «Yo no soy el vencedor de Aya-«cucho; este título pertenece al Gran Mariscal D. «Antonio José de Sucre, cuyas órdencs me cupo la «honra de cumplir en esa gloriosa batalla. El Jeneral «Sucre es el verdadero vencedor de Ayacucho.» Este es el lenguaje de un valiente, de un hombre de honor.

6ª. No siendo mi objeto otro que el de defender la reputacion del Gran Mariscal de Ayacucho, sin intentar por esto desfigurar la que en justicia pueda corresponder en la história á los demas próceres de nuestra independencia, omito entrar en comparaciones, que no son del caso. Si alguien de aquellos que no conocieron personalmente á los ilustres *Lamar* y *Sucre* quisiera comparar las capacidades militares y cívicas respectivas de estos *célebres colombianos*, puede consultar los documentos históricos, consignados en la vida pública del Libertador en el tomo 16 referentes á la campaña de Tarqui en 1829 contra Colombia, en que Sucre figuró en clase de Jeneral en Jefe del

Ejército Colombiano, vencedor en esa campaña, y Lamar como Jeneral en Jefe del Ejército Peruano.

Alcalá.

PRUEBAS

QUE MANIFIESTAN LA CAPACIDAD Y LA SUMA MODERACION DEL GRAN MARISCAL DE AYACUCHO.

CARTA DEL JENERAL SUCRE AL JENERAL MILLER.

Señor Jeneral Miller.

Hoy 27, mi querido Jeneral. Anoche me han entregado una carta de U. estando en cama, y no la respondí en el acto, porque pensé hacerlo hoy de mi letra; mas sigo indispuesto. U. me pone en un conflicto, entre el sentimiento y la vergüenza, al remitirme la preciosa alhaja que me ha enviado; pues este regalo habiendole sido hecho por su familia, segun U. me dijo, no parece justo que pase á otras manos. Querría suplicar á U. que me permitiese devolverla.

CIERTAMENTE me será muy grato conservar una memoria de U. despues de su viaje á Inglaterra; y aunque la amistad es bastante, porque siempre conservaré recuerdos muy agradables de U., manifestaré que no es mi objeto rehusar un regalo, y que en lugar de la alhaja en cuestion, aceptaría la espada que ha servido á U. con tanto honor en nuestros campos de batalla, y que merece el respeto de todos los Americanos: siempre la contemplaria como perteneciente á un hombre jeneroso, que cubierto de cicatrices en la lucha de la Independencia Americana, vuelve á su patria dejando en el Nuevo-Mundo amigos y admiradores.

Eetre ellos se cuenta con satisfaccion su obediente servidor, afectísimo compañero

Sucre.

(Memorias de Miller, pájina 449 tomo 2°.)

Estracto de un Oficio del Jeneral Sucre &a. en la vida pública del Lirertador, pájinas 251 y 252.

Tengo la honra de enviar á S. E. el Vicepresidente, en nombre del ejército, cinco banderas de los mas veteranos rejimientos españoles que esclavizaron al Perú por catorce años de triunfos: ellas son las señales de obediencia y estimacion que el ejército le ofrece, y que ruego se digne aceptar. El estandarte con que Pizarro entró trescientos años pasados á esta ilustre capital de los Incas lo remito á S. E. el Libertador, como trofeo que corresponde al guerrero que marcó al ejército Colombiano el camino de la gloria y el de la libertad del Perú.

El Congreso Peruano concluyó sus sesiones el 10 de Marzo dejando en el Libertador todas las facultades necesarias para consolidar el gobierno.

Estracto del Decreto Dictatorial dado en Lima a 27 de Diciembre de 1824.

«Art. 10°. Se nombra al Jeneral en Jefe Antonio José de Sucre Gran Mariscal, con el sobrenombre de *Jeneral Libertador* del Perú.»

El Jeneral Sucre en vida nunca hizo uso de este título de honor.

Ley del Congreso Peruano en Lima a 12 de Febrero de 1825.

Art. 7°. Será reconocido en adelante el

Jeneral en Jefe del Ejército Unido Antonio José de Sucre, con el dictado de Gran Mariscal de Ayacucho por la memorable victoria obtenida en los campos de este nombre—*José Maria Galdiano*, Presidente.—*Joaquin Arrese.*—*Manuel Ferreyros*, Diputados Secretarios.

COMUNICACION DEL SECRETARIO JENERAL AL DE RELACIONES EXTERIORES DE LA REPÚBLICA, PARTICIPANDO LOS SUCESOS DEL PERÚ Y LA GRATITUD DE ESTE ESTADO. (Vida pública, paj. 173 y 174.)

Lima, Enero 6 de 1825.

AL anunciar al señor secretario de relaciones exteriores de la República de Colombia la victoria del ejército unido Libertador en los campos de Ayacucho al mando del señor jeneral en jefe Antonio José de Sucre, y bajo la direccion de S. E. el Libertador encargado del poder dictatorial de esta República, no acierta el infraescrito con el lenguaje que debiera usar en esta nota.

LA República de Colombia ha sido la redentora del Perú, cuya sola consideracion es bastante para que el señor secretario pueda calcular la inmensa deuda de reconócimiento que hoy pesa sobre estos pueblos. Los bravos de Colombia han concluido en menos de cinco meses la guerra de este pais, y sellando con su preciosa sangre la libertad del antiguo imperio de los Incas, han puesto término á las inmensas privaciones y á los dolorosos sacrificios de que se veia ajitado: ellos en fin, á la voz del padre de Colombia, han fijado los destinos del Perú, incorporándolo en el gran rol de las nuevas naciones que van á emular al mundo antiguo.

El que suscribe se considera feliz en congratular, y al mismo tiempo en tributar gracias en nombre de su Gobierno, á la gloriosa nacion Colombiana, por una jornanada la mas célebre en la historia militar de América, la mas grata para la patria de los héroes que la han hecho, y la mas obligante y vital para el Perú, quien sobre los estrechos lazos que hasta hoy le han unido con Colombia, reconocerá en ella el oríjen de su representacion social.

Los detalles y consecuencias de este triunfo estan consignados en los impresos que acompañan á esta nota. Y su señoria, el señor secretario, se servirá aceptar los sentimientos de felicitacion y aprecio que en ella cordialmente emite.

Su muy atento, obediente servidor—*José Sanchez Carrion.*

Ministerio de Estado en el Departamento de Gobierno y Relaciones Exteriores—Palacio del Gobierno en Lima y Octubre 29 *de* 1825.—6°.

Al Excmo. señor Gran Mariscal de Ayacucho Antonio José de Sucre.

Excmo. Señor.

Tengo la honra de incluir á V. E. el Diploma que S. E. el Consejo do Gobierno se ha servido expedir, ofreciéndole una medalla de oro con el busto de S. E. el *Libertador*, que á consecuencia del decreto del Soberano Congreso de 12 de Febrero del presente año, y de las facultades resignadas en el Gobierno, se ha abierto=V. E. tendrá la bondad de aceptar, á nombre de la República Peruana, este pequeño testimonio de la gratitud y reconoci-

miento que le merecen los heroicos é inmortales servicios que le ha prestado, dandole en los afortunados campos de Ayacucho su *Independencia y Libertad.*=Me es muy satisfactorio ofrecer á V. E. con este motivo la mas distinguida consideracion con que me suscribo su muy atento, obediente servidor= *Hipólito Unanue.*

COMUNICACIONES DEL LIBERTADOR AL GRAN MARISCAL DE AYACUCHO PRESIDENTE DE BOLIVIA.

Caracas, 6 *de Abril de* 1827.

Señor.

El pueblo Boliviano os ha nombrado su primer majistrado; erais digno de este ilustre testimonio de gratitud nacional. El Congreso de esa República me insta con encarecimiento para que os ruegue acepteis la Presidencia del Estado conforme á la Constitucion. Si yo os amase mas que á Bolivia, os aconsejara alejaros de los crueles suplicios á que condena el ejercicio del Poder Supremo; mas no, Bolivia es para vos, como para mi, nuestra hija predilecta: Junin y Ayacucho la enjendraron: los Libertadores deben mantenerla á costa de sus sacrificios. Vuestro nombre pasará á la historia figurando entre los fundadores de las repúblicas. Bolivia es vuestra obra: ella como hija tierna y querida tiene derecho á los cuidados paternales. Ayacucho os impuso este deber: allí recibisteis de manos de la victoria los títulos de Padre y Fundador de Bolivia. Os conozco, señor, y por eso me atrevo á dirijiros mis súplicas: podreis mandar sin peligro y sin mancha: vuestra capacidad y vuestra alma grande responden de la prosperidad

de Bolivia. Yo os he comprometido con el Congreso Boliviano: gratuitamente me he constituido vuestro fiador: espero me perdoneis una libertad que os honra, aunque os inmola á la vida pública: mas la gloria es la dicha del héroe.

Imploro de vos, señor, la felicidad de Bolivia: jurad ser Presidente Constitucional de esa República, que su ventura será perpetua.

Aceptad las espresiones de mi distinguida consideracion y respecto.—*Bolivar.*

A S. E. el Gran Mariscal de Ayacucho Presidente de la República Boliviana.

CONTESTACION.

A S. E. el Libertador.

Chuquisaca, 28 de Octubre de 1827.

Señor.

El Pueblo Boliviano, nombrandome su primer majistrado constitucional, quiso dar nuevos testimonios de su gratitud á los servicios que mandó hacerle la victoria, y que estaban reclamados por la justicia. Estendióse mas allá de los limites que tocan á una nacion, respecto de un hombre que, *nacido fuera del pais*, solo tiene los títulos de la fortuna, me obligó, por los actos mismos de su benevolencia á contenerla, limitando en algun modo su desprendimiento.

Sabeis, señor, que amo á Bolivia como al suelo mismo en que ví la luz: sus multiplicados derechos á mi estimacion, colmandome de honores y favor, se aumentan con los muy especiales que le dá su nombre; este nombre que exita el entusiasmo

y la veneracion de todos los Americanos, á quienes Bolivar sacó de la abyeccion y del oprobio para la libertad. Es por tanto de mi deber cuidar de la dignidad de este pueblo jeneroso, y cuando se ha creido ó figurado creer, en algunas partes de nuestro continente, que él se ha degradado ó plegádose á sujestiones, elijiendo á un *estranjero* para su Presidente Constitucional, me pertenece como á su Gran Ciudadano, preservarlo de una nota, tanto mas dañosa á su reputacion esterior, cuanto que se le imputa al momento mismo de aparecer ante las naciones libres del nuevo mundo.

Si á esta consideracion, se añade mi repugnancia á la carrera pública, y mi insuficiencia para aquel elevado puesto, encontrareis razones demasiadas, no solo para aprobar mi resistencia á la Majistratura Suprema, sino para aplaudir mi resolucion de entregar inmaculada la hija predilecta del padre de Bolivia, al Congreso Constitucional. Me consuela, señor, que vuestro constante beneplácito de mi conducta disculpe que en esta vez, *me niegue á vuestros consejos*, cuando siempre he sido dócil á los del Redentor de mi Patria.

Descendiendo de la Presidencia de Bolivia para mezclarme entre mis conciudadanos de Colombia, mis aspiraciones quedan satisfechas, y yo compensado del incesante tormento que me rodea en el ejercicio del poder. Si estando en el reposo de la vida privada, Bolivia tuviese algun riesgo, y juzgase útiles mis servicios, volaré desde el seno de mi familia á tomar parte en sus peligros, como un soldado. «Este es el juramento que os hago;» el dia mismo de vuestro nombre, y en que un año há, la munificencia del pueblo Boliviano me ligó á sus destinos.

Acojed, señor, benignamente esta contestacion sincera á vuestro despacho de 6 de Abril que acaba de llegarme; y dignaos recibir mis consideraciones respetuosas y mis votos fervientes por vuestra ventura perdurable.—*Antonio José de Sucre.*

Al Excmo. señor Libertador Simon Bolivar, Padre y Fundador de Bolivia.

CARTA DEL LIBERTADOR AL JENERAL SUCRE.

Caracas, 6 de Abril de 1827.

Mi querido Jeneral.

Con esta fecha mando á U. mi respuesta al Congreso Boliviano, y á U. mismo me dirijo de oficio para comprometerlo á U. mas, á que acepte la presideneia vitalicia de Bolivia. Yo me he tomado una libertad que se debe llamar usurpacion, porque nadie en este mundo tiene derecho para esclavizar á otro. ¿Pero qué hemos de hacer? ¿Dejaremos perecer á Bolivia cuando es el gran trofeo de Ayacucho? No, mi querido Jeneral, salvémosla porque es nuestra hija gratuita, de adopcion; nos la ha dado la fortuna, y no el acaso; diré mejor, nos lo ha dado el mérito, y no la suerte. No podemos negar una hija que ha salido de nuestra mente, como Palas de la cabeza de Júpiter, grande, bella y armada.

Yo he puesto al Congreso una condicion sola la de que amen á U., para que U. los pueda mandar siempre; porque el gran poder existe en la fuerza irresistible del amor. Un Jefe Republicano no puede mandar largo tiempo sino con tiranía, si la estimacion popular no lo favorece. Como yo conoz-

co á U. estoy persuadido de que este favor no le abandonará mientras que exista en Bolivia. U. es un *hombre impecable*; tal es la opinion que he formado de su *hermoso corazon*.

Lo que mas nos molesta por ahora en el Perú es el disgusto de Lara con el Gobierno: no sé qué causa tenga esto; pero algo ha habido. Lara ha renunciado su destino, y yo he escrito á Santander para que se lo de á Sanders. Tambien he pedido los batallones Rifles y Vencedor para la guarnicion de Venezuela.

Soy de U. de todo corazon afectísimo amigo—*Bolivar*.

A S. E. el Gran Mariscal de Ayacucho, Presidente de Bolivia.

Parece muy del caso reproducir el artículo siguiente, tanto mas meritorio, cuanto que ha sido espontáneamente publicado por un Peruano, que á pesar de no haber sido actor en la época de los sucesos que refiere, sí pertenece á la jeneracion, que fué inmediatamente beneficiada por el término de la guerra de la independencia en la jornada de Ayacucho. Este recomendable sujeto es el señor Dr. D. Valentin Ledesma, Ajente Fiscal de Lima, quien ruborizado sin duda de que en su patria se pretendiera maltratar, con injusticia, la respetada memoria del Vencedor de Ayacucho, se impuso la noble obligacion de rectificar los hechos, para autentizar, que la ingratitud es un sentimiento que no tiene cabida en el corazon de los Peruanos sensatos y justos, quienes acatan con admiracion y placer el recuerdo de sus verdaderos Libertadores—El señor Ledesma ha desempeñado su propósito con imparcialidad, maestría y lucimiento.

Alcalá.

Del núm. 3,263 *del* Comercio *del Martes* 28 *de Mayo de* 1850.

JUNIN Y AYACUCHO

O ESCLARECIMIENTOS AL "REPUBLICANO" DE AREQUIPA.

—

En la polémica que en estos dias han suscitado el Jeneral Moran y los defensores del Jeneral Castilla, cada uno de ellos ha hecho á su modo una revista de la história de la guerra de la Independencia, y de los sucesos acaecidos hasta la época presente.—Como cada uno de ellos ha escrito por pasion, y por el ciego interés personal: la verdad, la imparcialidad y la justicia han sido desterradas de sus producciones.—Castilla y Moran, soldados antiguos de la Independencia, han prestado servicios importantes á la América, y especialmente al Perú; tienen méritos indisputables á la estimacion y gratitud públicas, no necesitaban para su elojio, ó para su defensa, desfigurar la historia, llamar los amigos del uno usurpacion extranjera, al auxilio y servicios del Libertador y de sus heroicas huestes, pretender empañar con embustes y cuentos inverosímiles y groseros las glorias, los merecimientos, los hechos ilustres de Bolivar y Sucre, y tratar de oscurecer las hazañas mas admirables que el mundo ha visto: ni el otro querer santificar, la conquista Boliviana de 1835, los inmensos males que fueron su consecuencia, y que destrozando la República, la cubrieron de sangre, de lágrimas, y de ignominia.

Semejantes escritos arrojan un resultado contrario al que sus autores sin duda se han pro

puesto, el cual será convencer al público; mas al público no se convence con mentiras, con fábulas forjadas al antojo del escritor, con relaciones apasionadas, con lisonjas y elojios fastidiosos, y menos aun echando cieno al nombre de los héroes inmortales.

Cuasi nos hemos separado de nuestro propósito, reducido á hacer algunos esclarecimientos sobre un articulo del «*Republicano*» *de Arequipa*, que todos los periodicos de esta Capital, incluso el «Peruano,» han reproducido, el cual mas que ningun escrito se halla atestado de falsedades y fábulas. Los merecimientos de los que concurrieron á las batallas de Junin y Ayacucho, y la gloria adquirida en ellas, son tan grandes, que hay lo suficiente para dar á todos lo que les corresponde, sin necesidad de disminuir el mérito y la gloria de otros.—Arjentinos, Colombianos, Peruanos, eran unos en aquellos dias de eterna nombradía: sus méritos y glorias eran comunes: no hay pues para qué exajerar las de los nuestros á costa de la ajena.—El interes y la gloria de Junin y Ayacucho eran americanos; como americanos deben ser los sentimientos que inspire su recuerdo.

Dice el «Republicano» de Arequipa, hablando de Junin: *Que el Jeneral Bolivar vió personalmente arrollar á su caballeria colombiana, creyó perdida la batalla, que la ganó únicamente el Rejimiento Húsares de Junin, cuyo nombre se negó á concederle, y que aun se molestó cuando el Jeneral Santa-Cruz se lo pidió para ese cuerpo, y que solo accedió por la notoriedad del suceso.* Tal es el cuento del «Republicano»: vamos á ver la verdad.

En Junin toda la caballeria patriota, compuesta de Granaderos á Caballo de Buenos-Ayres,

Granaderos y Húsares de Colombia, y del Rejimiento Peruano Húsares de la Lejion, debió formar la línea de batalla en el llano de Reyes, quedando en reserva algo á retaguardia un escuadron de Húsares de la Lejion.—No se verificó con la celeridad que era necesaria el despliegue ordenado por el Libertador, por las dificultades del terreno, ó por otras causas, y solo pudo hacerlo el Rejimiento Granaderos de Colombia, que esperó al enemigo resueltamente á pié firme; y al estar ejecutando esa peligrosa maniobra, el resto de nuestra caballeria fué toda arrollada por la española que brillantemente se echó sobre ella al galope, y la desbarató.

De la derrota se salvaron algunos Húsares de Colombia, que al mando del mayor Braun, se abrieron paso por entre las filas españolas, y el escuadron de Húsares del Perú que quedó á retaguardia, y fué el que, capitaneado por el intrépido comandante Suarez, dió la victoria, á la que contribuyó toda la Caballeria patriota, que al ver la conducta del héroico escuadron, retrocedió sobre la Española, y completó la derrota de esta.

El Libertador, demasiado justo y magnánimo para abrigar en su grande alma los sentimientos mezquinos, propios únicamente de los que se los suponen, y que nadie podia abrigar en aquellos dias de verdadero patriotismo, concedió espontáneamente, y con entusiásmo el nombre de *Húsares de Junin*, al cuerpo á que pertenecia el valeroso escuadron que dió la victoria.—Si él no hubiera querido hacerlo, ni el Jeneral Santa-Cruz, ni otro alguno le hubieran arrancado la concesion.

Vamos al otro cuento no ménos grosero que el anterior, pero mas calumniante y depresivo del nombre inmortal del héroe de Ayacucho.— Dice el

escritor del «*Republicano,*» *que el Jeneral Moran y otros atribuyen todo el mérito de la victoria de Ayacucho al Jeneral Sucre;* pero que no fué asi, porque él estaba durmiendo envuelto en su capote, mientras el Jeneral La-Mar, que fué quien elijió el terreno para el combate, y persuadió á Sucre á presentarlo, valiendose para ello de varios jefes Colombianos, fué el que organizó la línea, distribuyó las fuerzas, y arengó á las divisiones y á los cuerpos: que cuando despertó Sucre, y vió que principiaba el descenso de los españoles del alto de Cundurcunca (este descenso se verificó á las diez de la mañana) le dijo La-Mar: está organizada la línea: puede U. ya mandarla: yo he elejido la izquierda: ahí está el loco Valdez: yo quiero entenderme con él.

Es en el Perú en donde se halla el campo de Ayacucho: es á presencia de mil testigos que viven, donde se tiene la impudencia de forjar estas mentiras tan torpes.—Si el Jeneral La-Mar viviera, estamos ciertos de que, arrebatado por su característica probidad, arrojaria con indignacion de sus manos ese papel embustero, como lo hizo en otro tiempo Filipo de Macedonia, en presencia de su autor, con un libro en que este habia escrito en su elojio cosas semejantes á las del Editor del *Republicano de Arequipa.*

El Jeneral La-Mar era un militar valiente y de talento: era un caballero distinguido por su honradez y educacion: desplegó sus altas cualidades en Ayacucho, y combatió con brillo en la ala izquierda.—Su mérito para ser reconocido, no necesitaba defraudar el de otros.—Sus hechos en Ayacucho fueron harto suficientes para enaltecer su nombre, sin que fuera preciso forjarle fábulas.

Hablamos á presencia de mil testigos fidedignos, y que saben, porque les consta, que el Je-

neral Sucre fué un jénio sublime, uno de los mas grandes guerreros de América, y uno de los héroes mas admirables del mundo; y que como tal no necesitaba tomar consejos de nadie para sus sábias combinaciones estratéjicas, para desplegarlas y ejecutarlas; ni que otros hicieran lo que á él solo correspondia hacer.

La batalla de Ayacucho no fué un hecho casual y aislado, sino el complemento de una campaña larga, penosa, peligrosisima: fué el término de esos hechos heroicos con que el ejército Libertador ostentó, cual ningun ejército, todo el valor, disciplina y constancia que poseia, sosteniendo su retirada desde las márjenes del Apurimac hasta el campo de Ayacucho, seguido y combatido por un ejército soberbio de catorce mil hombres, victorioso, mandado por los mejores jenerales Españoles, y compuesto de tropas bizarras por su valor y disciplina.

En esa campaña era necesario sostener combates diarios, verificar movimientos diestros, hacer evoluciones atrevidas á vista del enemigo: era necesario mantener el ejército, y proveer á todas sus necesidades, eran indispensables valor, firmeza, constancia, union, y subordinacion severa: era preciso un ejército de valientes, pero mandado por un héroe superior á ellos, á quien pudieran obedecer, respetar y temer; ese héroe era el Jeneral Sucre, que se bastaba para todo, que por sí mismo daba cuantas órdenes exijian las terribles circunstancias de cada momento, desde las mas importantes operaciones hasta las mas pequeñas necesidades del ejército, haciendo brillar en todas partes, y en todos instantes, su saber profundo en la ciencia de la guerra, su serenidad á toda prueba en los conflictos, y su actividad inimitable de dia y de noche, y en los puestos de mayor peligro; entregandose apenas

al reposo del sueño dos ó tres horas ¡ese á quien el *Republicano de Arequipa* pinta durmiendo hasta las diez del dia, mientras otro le disponia el plan de la batalla de Ayacucho!

El ejército unido se retiró del Apurimac por mandato expreso del Libertador.—El 5 de Diciembre recibió el Jeneral Sucre la órden de dar batalla, y desde ese dia buscaba la ocasion y el terreno para presentarla, no obstante que jamás la esquivó desde el principio de la campaña.—La fortuna se los ofreció en Ayacucho, cegando á los españoles para cortar la retirada al ejército patriota, y obligarlo á combatir ó rendirse.—No fueron La-Mar ni Sucre los que elijieron el terreno, sino la necesidad, ó diremos mejor, fueron los españoles.

El Jeneral Sucre como siempre, y mas en ese dia tan importante, dispuso en persona todo el plan de batalla con su saber profundo en la milicia: él formó la línea con el tino esquisito que le era peculiar: él, al recorrerla toda á caballo, recordó á cada cuerpo con el lenguaje encantador que poseia, su deber, su patria, su honor y glorias, exitando con este paso en las tropas el mas vivo entusiasmo; y últimamente, él, colocandose en un punto céntrico, con aire imponente y lleno de emocion, dijo en voz alta.—*¡De los esfuerzos de hoy pende la suerte de la América del Sud!*—Y en seguida, señalando á las columnas enemigas que descendian al llano, añadió—*¡otro dia de gloria va á coronar vuestra admirable constancia!*—A estas solemnes palabras contestaron los soldados del ejército libertador con ardientes y estrepitosos vivas, que fueron el presajio feliz de la victoria.

Vamos ahora á ver que el Jeneral Sucre se portó en la hora del combate como quien era, dan-

do todas las órdenes convenientes en los mas críticos momentos del tremendo choque, *como el único* que podia darlas. y *como el único* que, atendiendo á todas partes, podia conocer y estimar todas las circunstancias y accidentes que ocurrieron en ese combate, que decidieron el talento y el valor; porque siendo el ejército realista en un tercio mayor en número que el patriota, todo el suceso dependia de aprovechar con oportunidad y audacia de los lances que se presentasen, que es en lo que consiste lo esencial de una batalla; pues las disposiciones anteriores no son mas que preliminares de ella.

A las diez de la mañana, las divisiones españolas empezaron â descender al llano de las alturas de Cundurcunca, la de Valdez por la derecha, por el centro la de Monet, y por la izquierda la de Villalobos. Apenas habia comenzado el fuego de la primera contra nuestra izquierda, cuando una parte de la division Villalobos, salvando el barranco, emprendió á atacar nuestra derecha: el Jeneral Sucre conoció que habia llegado el momento preciso de la lucha, y mandó á la division Córdova que inmediatamente atacase á la bayoneta la izquierda de los enemigos: conducida aquella por su valientisimo Jeneral, y sostenida por dos cuerpos de caballeria, acometió de un modo irresistible, y pocas veces visto: en un instante hizo pedazos á los enemigos, y en seguida, con la misma audacia, atacó á las dos columnas del centro que habian entrado en la línea de batalla, y las deshizo con igual felicidad, envolviendo en la derrota á los restantes batallones de las divisiones Monet y Villalobos que huyeron sin combatir; al mismo tiempo que la caballeria destrozaba á la española, que no pudo descender toda del cerro.

La izquierda del ejército libertador era en-

tretanto vivamente atacada por la division de Valdez, compuesta de cuatro batallones, dos escuadrones, y cuatro piezas de artilleria.—Habiendo rechazado á nuestras guerrillas, y aun á dos de nuestros batallones, dos cuerpos enemigos atravesaron el barranco en seguimiento de aquellos, y toda la division española emprendió ya el mismo movimiento, haciendo la artilleria sin cesar un vivísimo fuego: el batallon Vargas, enviado á reforzar nuestra izquierda tambien empezaba à ceder: el Jeneral La-Mar se sostenia en este terrible conflicto con su imperturbable firmeza, y todos hacian prodijios de valor: entonces, *percibiendo el Jeneral Sucre* el peligro, mandó de la reserva al batallon Vencedor, y ordenó que acometiesen los famosos rejimientos Húsares de Junin y Granaderos á Caballo de Buenos-Ayres: la embestida fué irresistible, siendo los primeros cuerpos que traspasaron el barranco, la Lejion Peruana, Vargas y la caballeria, para destrozar la valiente y magnífica division Valdez.

Como en las mismas circunstancias, el resto de la division Lara contribuia con la caballeria de Colombia al ataque del centro del enemigo, la derrota se hizo completa.—Tal es en compendio la veridica relacion de la batalla de Ayacucho, en la que se ejecutaron multitud de movimientos, y hechos de armas los mas hábiles, audaces, oportunos y brillantísimos, sin que ninguno de ellos se hubiese verificado sino *por órden terminante* del Jeneral Sucre.

El ejército libertador no era como los ejércitos que habrá visto el escritor del *Republicano*.—En él habia órden, moralidad y subordinacion severas, sin las que no hubiera ejecutado cosas tan grandes; asi es que, era imposible que un Jeneral que mandaba una de las divisiones, por alto que fuese su mérito, se hubiera metido á hacer lo que

cosrespondia unicamente al Jeneral en jefe, y ni lo habrian sufrido los orgullosos y engreidos Jenerales Colombianos; pees si tal cosa hubiese sucedido, el Jeneral Sucre se habria atraido el desprecio y la desobediencia en lugar de la admiracion, del aprecio y respeto profundos que le merecieron sus prendas eminentes de cuantos lo han conocido, y especialmente de los veteranos del ejército libertador.

El Jeneral La-Mar no elijió la izquierda para combatir, sino que el Jeneral Sucre asi lo dispuso.—Era ademas imposible que supiese que por ese lado atacaria el Jeneral Valdés, porque los españoles no lo habian de haber comunicado á los patriotas;y por otra parte, fué aquel hombre ilustre muy delicado y circunspecto, para llamar loco á uno de los mas distinguidos y respetables jenerales españoles.

En la batalla de Ayacucho todos cumplieron su deber, todos ostentaron valor y entusiasmo: un hecho de armas de tanta magnitud necesitaba el concurso de los esfuerzos de todos; pero el merito,el honor y la gloria son debidos en sumo grado al Jeneral Sucre, vencedor en otras batallas no menos importantes.—Despues de él podrá darse á cada uno la parte que tendria en la victoria.

Hemos escrito sin otro interés que el de la verdad y la justicia, y reclamamos en apoyo de cuanto hemos asentado el testimonio de los vencedores que aun viven, quienes, recordando los hechos de aquel dia, y llenos de un noble entusiasmo, y de mas noble orgullo, no podrán abrigar sentimientos mezquinos de envidia, de parcialidad, de provincialismo ó nacionalismo, para sostener falsedades repugnantes á la verdad, á la historia, y á la dignidad de hombres libres.

Unos Peruanos.

MEMORIA BIOGRAFICA

DEL JENERAL SUCRE, ESCRITA POR EL DR. D. JOSÉ MANUEL LOSA EN 1846, Y PUBLICADA EN LA PAZ.

—

SUCRE. (1)

¿QUIÉN es aquel Varon que enlaza los estandartes de la Independencia Americana con la Cruz de la redencion en las cumbres del Pichincha? ¿Quien el guerrero que combate por la libertad en una altura tanta, donde jamás los mortales osaron lidiar? (2) ¿Es acaso algún jigante, que procura escalar los cielos, ó es el jénio predestinado para redimir la desventurada posteridad de los hijos del Sol... dígnos de mejor ventura?

EL ilustre discipulo de los veteranos Miranda y Piar, el primojénito de Bolivar, el Heraldo de la victoria y el confidente de la gloria, es *Sucre*, quien alli afianza la emancipacion de Colombia, es *Sucre* el destinado...¡ah! ¡Qué acontecimientos tan grandiosos, qué porvenir tan fecundo en resultados, ni podrá abrazar la historia, ni comprenderlos la ínmensidad de los siglos! Tal vez la civilizacion Europea se implantará algun dia en el seno virjinal de América....

Cajamarca, prision y cadalso de Atahualpa; *Trujillo*, que lleva el nombre de la Patria del conquistador Pizarro; la ciudad del *Rimac*, esplendida, amena graciosa como su cielo, condenada cual bella cautiva de un Sultan, á servir por tres centurias de emporio ó trofeo á los visires de Castilla: todos estos monumentos de profundo y tier-

no recuerdo, infunden en el ánimo del Guerrero la noble ambicion de revindicar tantos ultrajes, desventuras tantas.

Colocado bajo el Ecuador sobre el Pichincha, arrebata del mismo cielo sus ragos, para aniquilar la tirania, asaltando desde *Ayacucho* á *Cundorkanki*. El mismo dia en que *La-Serna* era creado *Conde de los Andes*, os alzasteis sobre ellos, ¡*oh Sucre!* cual Condor, cual Aguila de triunfo (3.)

La Roma de América, el *Cuzco* y sus colinas inmortales (4.) le saludan como al vengador de los Incas. De allí la Gloria le conduce en sus alas sobre las cimas del Illimani y del Potosí, para fundar un Estado que lleve el nombre de su Padre, la Nacion Boliviana: para organizar y dirijirla ¡oh querido de los pueblos! deponiendo el casco guerrero por la corona cívica.

Dueño de la fortuna y de la gloria »no me »es deshonroso, decia (5), confesar mi educacion de »soldado: no podia dirijir el pais por un gobierno »militar que no es propiamente gobierno, ní podia »presentar á los primeros hijos de la revolucion las »leyes de la milicia, como bienes que esperacen de »la víctoria;» y convoca la primera Asamblea deliberante que fije la suerte política del pueblo primojénito de la Independencia Americana· Así *Sucre*, mas virtuoso y magnánimo que todos los vencedores romanos, desciende del carro triunfal para tributar sus adoraciones á la *Libertad*, y á la *Soberania Popular* sus trofeos.

Invocado el »gran soldado de Ayacucho» para ser el primer gobernante de Bolivia, »ese soldado» que atribuye sus servicios á los Lejisladores de Colombia, sus aciertos al Libertador, y sus triunfos al Ejército Unido; ese soldado, para honrar el aniversario de 25 de Mayo, y la insta

lacion del primer Congreso Constituyente, que funda con sus armas, expide un decreto (6) que parece el jérmen ó el fruto de la mas espléndida civilizacion; amnistía para todos los errores políticos y crimenes atentatorios de la Independencia, durante la guerra santa que ella inspiró: sancion del principio contra inquisitorial, de que no hay poder humano sobre las couciencias: invitacion á todos los hombres de la tierra, para que mediante la salvaguardia de sus derechos, y la especial proteccion al talento, vengan á rendir su culto á la Libertad.

«He observado el principio....de que en »política no hay odio ni amistad, ni otros debe»res que llenar, sino la dicha del pueblo que se »gobierna....La Constitucion me hace inviolable... »ruego que se me destituya de esta prerogati»va. Si hasta el 18 de Abril se me justifica una »sola infraccion de ley... volveré de Colombia á »someterme al fallo de las leyes.» He aqui el simbolo político que profesó, el Código moral que impuso á su corazon el primer Jefe Constitucional de Bolivia.

Sus palabras postreras en la despedida del mando supremo han ratificado compromisos que parecian adelantarse á las mismas esperanzas. «Pa»ra alcanzar los bienes de la independencia y de la »organizacion del Estado....que se me habian con»fiado, no he hecho jemir á ningun boliviano; nin»guna viuda, ningun huerfano solloza por mi cau»sa: he levantado del suplicio porcion de victimas »condenadas por la ley; y he señalado mi gobierno »por la clemencia, la tolerancia y la bondad. Aca»so se me culpe de que esta condescendencia sea el »oríjen de mis heridas; pero estoy contento de »ellas, si mis sucesores, con igual lenidad acos-

»tumbran al Pueblo Boliviano á conducirse por las »leyes; sin que sea necesario que el estrépito de »las bayonetas esté perennemente amenazando la »vida del hombre, y amenazando la libertad. En »el retiro de mi vida veré mis cicatrices: y nunca »me arrepentiré de llevarlas, cuando me recuerden »que para formar á Bolivia, preferí el imperio de »las leyes, á ser el *tirano ó el verdugo* que llevára »siempre una espada pendiente sobre la cabeza de »los ciudadanos." ¡Qué política tan sublime! El Apóstol y Mártir de la libertad sabia que ésta no podia existir sin la moral, hé aquí porqué no hay virtudes entre los esclavos.

Despues de rogar, por premio á sus servícios el ser sometido al fallo de las leyes, renunciando su inviolabilidad personal, y cuando el vencedor era vencido por la revolucion, entonces interpela á la Nacion entera por este galardon: »el »de no destruir la obra de su creacion; de conser»var entre todos los peligros la independencia de la »República» (7). ¡Qué recompensa! El suplicante anhela inmortalizar con ella el nombre de Bolivar, la obra de su creacion, y los esfuerzos heroicos que la prepararon. »Bolivia ha escuchado sus plegarias, y esas palabras grabadas sobre el pedestal del busto de Sucre, constituyen el legado mas precioso »de sentimiento nacional» que los Bolivianos saben amar y cumplir.

¡Cuán brillantes memorias arroja esa vida que ha pasado cuál relámpago de salud y consuelo! ¡Cuánta sagacidad con Murillo el sanguinario para regularizar y conjurar la guerra á muerte! ¡Cuánta jenerosidad y patriotismo á bordo de la fragata »Porcospin» y al frente del Callao! ¡Cuánta magnanimidad en Ayacucho y Tarqui, y

con aquel infeliz ó ingrato que atentára en Sucre contra su vida!!!

Aquel dia en que presentásteis en la plaza de la Paz á Bolivar las lejiones vencedoras de Ayacucho: cuando le disteis cuenta de vuestra mision libertadora: cuando le dijisteis: »que el padre y los hijos peregrinantes desde las riberas del Orinoco se habian reunido triunfantes en la cuna de la Libertad;» cuando callásteis interrumpido por el llanto, ó recordando catástrofes, ú oprimido por el exceso de la felicidad, ó figurándoos, cuál si presentes estuviéran los cadalsos y victimas del año 9 en ese mismo lugar. ¿fuéron aquellas lágrimas de sangre ó de fuego, ó querian imitar á las que virtió Jesus por la salvacion del jénero humano? (8)

Cuando en ese dia cedisteis, con jeneroso y fino desden, al Libertador, la guirnalda de oro con que él mismo coronará vuestras sienes; cuando aclamado como *Vencedor* respondisteis: »vuestro solo nombre me ha hecho triunfar en Ayacucho» os pareciais ¡qué bello y sublime espectáculo! al Adonis mimado por la gloria; érais *¡oh Sucre!* ó la ilusion del poeta, ó la poesia del heroismo.

»Sucre es mi brazo derecho» exclamaba el Libertador. Cuando éste supo el contraste de Berruecos, no pudo sobrevivir por mas de seis meses; y prefirió morir en Santa Marta para *vivir á la heroica*, en forma de busto truncado de sus brazos.

¡Cuán hermosa ha sido la aurora, cuán radiante el sol de su vida, cuan tempestuosa la tarde de sus dias. Los ciudadanos del mundo y de la historia por una gran revolucion; las sombras de los heróes, solo visibles por el reflejo de la gloria; los grandes jénios *que se fueron*, ¡ay! merecen la admiracion y el llanto de las Naciones.

La muerte de Sucre en Berruecos ha sido un sueño fatal, cual su vida fué un meteoro de luz beneficiosa y refuljente. No ha fallecido tal vez, quien debió ser inmortal sobre la tierra agradecida. Quizá desapareció solamente, como Licurgo, para hacer respetar su obra y sus leyes hasta su regreso. Dicese que Rómulo, fundador fué muerto en el Senado; pero una estrella le representa entre los astros: las almas puras tienen su patria en el Cielo. A los pueblos en horfandad queda el triste y tardio recurso de disputarse la posesion sobre los restos mortales de sus bienhechores. ¡Al Boliviano no sonreira el consuelo siquiera de besar la losa que los cubre!

Bajo de un morrion y de una coraza de fierro, habia una cabeza que pensaba y un corazon que sentia. El Varon destinado para restituir á la Independencia el mundo que á Castilla dió Colon, era un *Filosofo encarnado en un Guerrero*; he aquí *Sucre*.

NOTAS.

(1) Antonio José de Sucre, hijo de D. Vicente Sucre y de Da. Ana Maria de Alcalá, nació el 13 de Junio de 1793 en Cumaná de Venezuela; y murió asesinado en Berruecos, provincia de Pasto, el 4 de Junio de 1830 á la edad de 37 años menos 9 dias.

(2) Pichincha, monte volcánico situado al 1° 32" de latitud Sur en la República del Ecuador, y tiene la elevacion de 5,812 varas castellanas sobre el nivel del mar. Sobre su cumbre existe una cruz que sirvió á los académicos Españoles y Franceses para calcular el verdadero valor de un grado en el Ecuador, en 1736, victoria en que tuvo gran

parte la Division Peruana comandada por el jeneral D. Andres Santa-Cruz (Boliviano)

(3) Cundurkanki significa «digno del Condor» El Rey de España expidió el título de Conde de los Andes en favor del Virey La-Sesna el dia 9 de Diciembre de 1824.

(4) En una carta escrita por el Jral. O'Leary en 1825 se dice lo siguiente: «Cuzco me interesa infinito. Su história, sus fábulas y sus ruinas son encantadoras. Esta ciudad puede con razon llamarse la «Roma de América.» La inmensa fortaleza en el lado del Norte de la ciudad, es su Capitolio; y el Templo del Sol, su Coliseo. Mancocapac fué su Romulo; Viracocha su Augusto, Huascar su Pompeyo, y Atahualpa su Cesar. Los Pizarros, Almagros, Valdivias y Toledos, son los Hunos, Codos y Cristianos que la destruyeron. Tupac Amaru en su Belisario, que le dió un dia de esperanza; Pumakagua en su Rienzi y su último patriota.

(5) Palabras del Mensaje presentado á la primera Asamblea deliberante de Bolivia en Mayo de 1825.

(6) En 25 de Mayo de 1825.

(7) Las palabras insertas en los tres parrafos anteriores, constan en el Mensaje presentado en Agosto de 1828 al Congreso Extraordinario.

(8) Acontecimientos del 18 de Agosto de 1825 en la ciudad de la Paz.